

CAPÍTULO Nº 3.

5. Mensajero de gracia.

Versículo Nº 1: “Por esta causa yo Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles”.

“Por esta causa yo Pablo”.

Lo grande de la bondad y de la misericordia de Dios, expresada en su voluntad de incorporar a los gentiles a su pueblo en pie de completa igualdad con los judíos y la unidad resultante de ella, como ha expuesto en el párrafo anterior, llenan de gratitud y alabanza el corazón de Pablo (sentimiento que se evidencia en la frase tan personal: “yo Pablo”). Por esta razón se dispone a elevar una oración especial a favor de sus lectores gentiles.

“Prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles”.

Para que su oración sea más impresionante y para que sus lectores aprecien mejor el valor de lo que han recibido por pura gracia, menciona el hecho que es “prisionero de Cristo Jesús”, pero esto trae a su mente tantos hechos e ideas importantes relacionadas con su ministerio que interrumpe la oración que está por empezar y se refiere extensamente a esos hechos e ideas.

Como en el capítulo 1, lo hace de una vez, sin un respiro, impetuosamente, tanto por la exaltación que le posee por lo grandioso de esos hechos e ideas, como por la necesidad de retomar cuanto antes la oración que no ha alcanzado a comenzar.

Nuestra vida cristiana no puede basarse ni consistir exclusivamente, ni aun principalmente, en emociones, que son muy variables y, por eso, inseguras, pasajeras y a menudo superficiales, pero la emoción ocupa un lugar junto a, en igualdad de condiciones con, el conocimiento e intelecto y con la voluntad, en nuestra vida cristiana. Muy pequeña es nuestra devoción al Señor si sus grandes verdades y hechos en nuestro favor no tocan ni una fibra emotiva de nuestro ser.

Estas palabras del apóstol no pueden considerarse un paréntesis, ni una digresión, debido a su importancia y a que profundiza el tema de la epístola, que es la gracia de Dios, especialmente en relación con los gentiles.

Cuando Pablo dice que es “prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles” quiere decir dos cosas:

1º Que está preso (literalmente) por predicar el evangelio a los gentiles (Hechos 21: 27-33; Filemón 13); y

2º Que es siervo de Jesucristo, con su voluntad completamente rendida a la del Señor, para ser usado como instrumento en el cumplimiento de sus planes eternos (que incluyen la salvación de personas de todo el mundo y no sólo de israelitas).

Pablo quiere que sus lectores sepan cuánto ha sufrido y sigue sufriendo por ellos, para que den el debido valor e importancia a lo que han recibido,

porque si ha estado dispuesto a sufrir tanto por ellos no puede ser por una trivialidad, por algo sin importancia.

Así ocurre también ahora: cuando todo lo que atañe al Señor es para nosotros realmente lo más valioso, ligamos nuestra vida a su obra y todo lo que la perturbe, la amenace o la destruya nos causa mucho sufrimiento y ansiedad. En cambio cuando no le asignamos mayor valor, no nos preocupa lo que ocurra a la obra del Señor, somos indiferentes y tampoco nos afecta que nosotros mismos seamos instrumentos de destrucción o de freno y no de edificación, con nuestra conducta mundana o carnal y con la expresión de nuestra propia personalidad natural.

Que lo que hemos recibido no es una trivialidad lo puede testificar todo hijo de Dios con un poco de madurez y este testimonio es muy importante, especialmente cuando se da a jóvenes inexpertos.

Versículo 2. “Si es que habéis oído de la dispensación de la gracia de Dios que me ha sido dada para con vosotros”.

Este “**si**” parecería indicar que podían o no haber oído, pero en realidad la frase no es condicional, sino completamente afirmativa: era un hecho que todos sus lectores habían oído (por lo menos) y estaban persuadidos que Dios había encomendado un ministerio especial a Pablo. El “**si**” es sólo una forma cortés de decir lo que todos sabían y también una manera humilde de referirse a lo que ponía al apóstol en una posición muy elevada. De este modo, sin usar expresiones altisonantes, consigue su propósito de dar énfasis al hecho. ¡Qué lección para nosotros! ¡Cuán necesario es que estemos en guardia contra ese YO que tanto abunda a veces en nuestra conversación (YO lo hice; YO lo traje a Cristo; YO prediqué en esa ocasión; YO estaba allí, etc.)! ¡Qué el Señor nos haga modestos de corazón, para que lo que hay en él sea lo que expresan nuestros labios!

“**Dispensación**” es, literalmente, “economía”, que significaba originalmente el manejo de una casa. Aquí se refiere a “dar a conocer”, “enseñar”, la gracia de Dios en toda su extensión y a trabajar o actuar para que su efecto se convierta en una realidad presente, no sólo en un plan o un propósito irrealizado.

“**Que me ha sido dada para con vosotros**”. Lo que todos sabían sin duda era que, por una revelación especial de Dios, Pablo había llegado a saber que el propósito de Dios era salvar a los gentiles en igualdad de condiciones con los judíos y que se le había encomendado en forma especial la evangelización e instrucción espiritual de los gentiles. Este doble propósito de evangelizar y edificar espiritualmente a los creyentes debe caracterizar a todo obrero cristiano. Nótese que lo teórico y lo práctico van siempre juntos: hay que prepararse, estudiar Y poner en práctica, ejercitar, actuar según lo aprendido. Teoría y práctica se refuerzan mutuamente, pero no olvidemos que el contenido teórico es EXCLUSIVAMENTE la Palabra de Dios. Esto lo diferencia netamente de la “praxis” de la “Teología” de la Liberación. Es extraordinaria y terriblemente común que se conozca y profese una doctrina o enseñanza correcta y no se la practique

Versículo 3: “A saber, que por revelación me fue declarado el misterio, como antes ha escrito en breve”.

“A saber, que por revelación me fue declarado el misterio”.

Esto era lo que los lectores sabían bien: que lo que Pablo les escribía no era el resultado de su propia sabiduría, investigación o experiencia o de la enseñanza recibida de otros, sino de una revelación directa de Dios a él (Gálatas 1: 15, 16; 2: 1, 2, 6). Este es precisamente el significado del término “misterio”: no se refiere a algo imposible de conocer o difícil de entender, sino a algo que sólo puede ser conocido con claridad mediante una comunicación o revelación directa de Dios. ¿Cuál es este misterio? Desde el punto de vista más profundo es Cristo mismo: “Para que sean confortados sus corazones, unidos en amor y en todas riquezas de cumplido entendimiento para conocer el misterio de Dios y del Padre y de Cristo, en el cual están escondidos todos los tesoros de sabiduría y conocimiento” (Colosenses 2: 2, 3); “De la cual soy hecho ministro, según la dispensación de Dios que me fue dada en orden a vosotros, para que cumpla la palabra de Dios, a saber, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado a sus santos, a los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Colosenses 1: 25 – 27); y “Descubriéndonos el misterio de su voluntad, según su beneplácito, que se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra” (Efesios 1: 9-10).

“Como antes he escrito en breve (brevemente)”.

Más particularmente, el misterio se refiere a lo que acaba de tratar en 2: 11-22, lo que se confirma en el versículo 6. En el versículo 8 ese hecho se cuenta entre “las inescrutables riquezas de Cristo”, por lo cual el hecho de la unidad de judíos y gentiles en la Iglesia y de su completa igualdad ante la gracia de Dios no es más que un aspecto particular de esas inescrutables riquezas de Cristo. Pablo se refiere a todo esto en Romanos 16: 25-27: “Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio encubierto desde tiempos eternos, mas manifestados ahora, y por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, declarado a todas las gentes para que obedezcan a la fe, al solo Dios sabio, sea gloria por Jesucristo para siempre. Amén”.

Versículo 4: “Leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi inteligencia en el misterio de Cristo”.

La lectura de la carta, y especialmente 2: 11-22, mostraba que Pablo conocía efectivamente este misterio. No era una vana presunción suya lo dicho al comienzo del versículo 3. Al contrario de Pablo, hay muchos ahora, y antes, que pretenden tener revelaciones especiales de Dios, pero lo que dicen prueba que son falsas sus pretensiones y, sobretodo, porque una vez terminada la escritura del Nuevo Testamento cesó este modo de revelarse de Dios. Si lo que dicen estos modernos profetas fuera verdadera revelación de Dios, debería ser agregado a la Biblia, lo que las Escrituras condenan y rechazan terminadamente.

“Inteligencia”.

Significa aquí “entendimiento” o “comprensión”, es decir conocimiento suficiente para entender lo que es misterioso. Aquí habla del “misterio de Cristo”, lo cual justifica lo dicho al fin de la explicación sobre la primera parte del versículo 3.

El misterio de Cristo es la doctrina de la salvación de los gentiles en completa igualdad con los judíos, mediante Cristo. Esto les fue muy difícil comprenderlo y aceptarlo a los judíos convertidos y los judaizantes no lo aceptaron nunca. Ellos sostuvieron siempre que los gentiles tenían que hacerse judíos primero, para luego hacerse cristianos. Otros fueron más nobles, pero demoraron mucho en comprenderlo y aceptarlo. Sólo mediante revelaciones especiales muy fuertes hombres como Pedro o Pablo llegaron a entender esto, como se nos dice en Hechos 10 y Efesios 3: 3. Por eso era un misterio. Pablo usa esta misma expresión en Colosenses 1: 26 y 27 (“A saber, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, mas ahora ha sido manifestado a sus santos, a los cuales quiso Dios hacer notorias las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles: que es Cristo en vosotros la esperanza de gloria”), por la cual se puede apreciar bien que este misterio de Cristo se refiere a la salvación de todas las naciones, y no sólo de los judíos, por Cristo.

Además, en relación con esta expresión, notemos que Cristo mismo es un gran misterio, incomprensible para la razón humana dejada a sí misma. Sólo porque Dios lo ha revelado en su Palabra podemos saber y creer que lo infinito se unió a lo finito, que lo divino se manifestó en una naturaleza humana, que lo sobrenatural entró en la historia, es decir, en la vida natural, temporal, del hombre en la tierra, como resultado de la encarnación, por la cual el Verbo o la segunda persona de la Trinidad se hizo carne o añadió a sus características esenciales divinas las de una naturaleza humana, conservando su personalidad única.

Versículo 5. “El cual misterio en los otros siglos no se dio a conocer a los hijos de los hombres”.

Esta declaración no puede significar que las generaciones anteriores, que es el significado exacto de “otros siglos”, no tuvieran revelación ni conocimiento alguno de que la salvación sería para todas las naciones de la tierra, porque Isaías lo dice en: 55: 5 (“He aquí, llamarás a gente que no conociste y gente que no te conocieron correrán a ti...”); 2: 2-3 (“Y acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa de Jehová por cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados y correrán a él todas las gentes y vendrán muchos pueblos y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob, y nos enseñará en sus caminos y caminaremos por sus sendas...”); y 19: 23 (“En aquel tiempo habrá una calzada de Egipto a Asiria y asirios entrarán en Egipto y egipcios en Asiria y los egipcios servirán con los asirios a Jehová”). También Miqueas lo profetiza en 4: 1-3 (“Y acontecerá en los postreros tiempos, que el monte de la casa de Jehová será constituido por cabecera de montes y más alto que los collados y correrán a él pueblos y vendrán muchas gentes y dirán: Venid y subamos al monte de Jehová y a la casa del Dios de Jacob y enseñarán en

sus caminos y andaremos por sus veredas, porque de Sión saldrá la ley y de Jerusalem la palabra de Jehová y juzgará entre muchos pueblos y corregirá fuertes gentes hasta muy lejos...”). Otros profetas dicen lo mismo. Santiago dijo en el Concilio de Jerusalem que los profetas del Antiguo Testamento lo habían predicho (Hechos 15: 13-17: “Y después que hubieron callado, Jacobo respondió, diciendo: Varones hermanos, oídme: Simón ha contado cómo Dios primero visitó a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y restauraré la habitación de David, que estaba caída y repararé sus ruinas y la volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor y todos los gentiles, sobre los cuales es llamado mi nombre, dice el Señor, que hace todas estas cosas”).

Por esto, el significado tiene que ser que las generaciones pasadas no entendieron esto por no haber sido tan claramente revelado como lo ha sido por el evangelio. Los judíos que conocían bien el Antiguo Testamento sabían que se profetizaba la conversión de los gentiles, pero como esa revelación no era tan perfectamente clara y completa, suponían que la salvación sería la consecuencia de que los gentiles se hicieran judíos primero y se circuncidaran. Por lo tanto se puede decir que aunque los profetas tuvieron reales revelaciones divinas acerca de Cristo, la forma como él bendeciría a los gentiles les fue completamente desconocida.

La frase **“hijos de los hombres”** es un hebraísmo que significa simplemente “hombres”.

“Como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu”. El término **“como”** indica un modo, una manera. Esto justifica decir que no se trata de una oposición total (como si dijéramos: en el Antiguo Testamento no se sabía nada de este misterio; es sólo ahora que se ha dado a conocer), sino sólo de una manera diferente: en el Antiguo Testamento, obscuramente; en el Nuevo Testamento, claramente.

Los **“apóstoles y profetas”** son los apóstoles del Señor, que eran apóstoles y también profetas, como vimos en 2: 20.

Uno de los padres del racionalismo (conocido también como “liberalismo” y “modernismo”), De Wette, sostenía que Pablo no podía haber sido el autor de esta epístola por el uso que hace aquí del término “santos”. Según él este sólo podía haber sido el calificativo dado a los apóstoles por una generación posterior, que los veneraba. Pero este razonamiento no tiene ningún peso, porque en el tiempo de los apóstoles se calificaba así a los profetas del Antiguo Testamento (véase Lucas 1: 17) y Pablo mismo usa frecuentemente la expresión para referirse no ya a los apóstoles, sino a cada creyente (Romanos 1: 7; I Corintios 1: 2; II Corintios 1: 1; Efesios 1: 1; Filipenses 1: 1; Colosenses 1: 2). Pablo usa el término no en el sentido de “perfecto”, “cabal”, “absolutamente sin pecado”, sino en el de “apartado”, “consagrado a Dios”, conforme a su uso general en las Escrituras como antes hemos visto. De este modo, si llamaba santos a todos los creyentes, con mayor razón podía llamar así a los apóstoles, que tenían una misión especial dada por Dios y ese sentido del término no le hacía pecar de inmodestia al aplicárselo a sí mismo como apóstol. Además, es posible que en este caso Pablo no esté pensando en sí mismo, sino en los otros apóstoles, que antes que él habían

recibido la revelación de la extensión universal de la gracia de Dios o habían aceptado el hecho (Hechos 11: 1-8).

Aunque la Biblia registra sólo las revelaciones a Pedro y a Pablo de que la gracia de Dios salvaría a gentes de todas las naciones, es evidente que al fin todos los apóstoles supieron claramente esto, sea por revelación especial y directa o porque aceptaron los testimonios de Pedro y de Pablo (Hechos 11: 18; 15: 23-29).

Al respecto escribe G. G. Findlay: “La luz del amor universal de Dios había llegado al mundo, pero cuando llegó a corazones impuros y fríos brilló en vano. El misterio fue “manifestado a sus santos” escribe el apóstol en Colosenses 1: 26. Lo mismo dice aquí: “revelado a sus santos apóstoles y profetas en el Espíritu”. El ojo puro ve la luz verdadera. Esta fue la condición que hizo posible que Pablo mismo y sus compañeros en el evangelio fueran los portadores de esta augusta revelación. Se necesitaban hombres sinceros y devotos, que estaban dispuestos a ser enseñados por Dios, dispuestos a deponer todo prejuicio y preconcepto de carne y sangre, para recibir y transmitir al mundo pensamientos de Dios que son tanto o más grandes y altos que el de los hombres. A esa clase de hombres, discípulos verdaderos, leales a cualquier costo a Dios y a la verdad, santa y humilde de corazón, Jesucristo les dio una gran comisión y les ordenó ir y doctrinar (o hacer discípulos) a todos los gentiles”.

¿Somos nosotros también humildes, puros de corazón, sinceros y devotos como para dejarnos enseñar por el Señor y su Palabra en forma real y práctica? Sólo así podemos conocer el “secreto” del Señor: “El secreto de Jehová es para los que le temen, y a ellos hará conocer su alianza” (Salmo 25: 14). Esto significa intimidad con él y gran bendición. Son muy de notar los versículos 12, 13 y 15 de este Salmo: “¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino que ha de escoger. Su alma reposará en el bien y su simiente heredará la tierra... Mis ojos están siempre hacia Jehová, porque él sacará mi pies de la red”. ¡Cuánto pierden los indiferentes y tibios!

Se dice “en el Espíritu”, porque conocieron este misterio como parte de la obra característica del Espíritu Santo.

Versículo 6. “Que los gentiles sean juntamente herederos e incorporados y consortes de su promesa en Cristo por el evangelio”.

Este es el misterio, expresado sumariamente.

“Juntamente herederos” o **“coherederos”**. Todo lo que antes perteneció exclusivamente a Israel ahora pertenece también a los gentiles. La gloria del futuro (“Dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la suerte de los santos en luz” Colosenses 1: 12) y la redención del cuerpo es herencia común de judíos y gentiles. Hasta entonces los judíos sostenían que ningún gentil podía participar de los privilegios espirituales de Israel, a menos que se hiciera israelita mediante una completa sumisión a la Ley, especialmente en sus aspectos ceremoniales y sacramentales, pero el misterio revelado ahora claramente era que las misericordias de Dios en Cristo se extendían también a los gentiles como tales, sin necesidad de que se hicieran

previamente judíos. En otras palabras: En Cristo los gentiles pueden alcanzar las mayores bendiciones espirituales, sin necesidad de hacerse judíos.

“Incorporados”. Forman o son miembros de un mismo cuerpo, con pleno derecho, no por un favor especial concedido por los judíos; es decir, judíos y gentiles forman un solo cuerpo de Cristo, en completa igualdad, sin distinción alguna entre ellos. Esto es un resumen de lo enseñado en 2: 11-22. Téngase presente que, inversamente, los judíos cristianos forman parte de la Iglesia con pleno y propio derecho, no por un favor especial de los gentiles creyentes.

“Consortes”. Juntamente participantes (o copartícipes) de la promesa hecha a Abraham y a los grandes patriarcas y profetas del Antiguo Testamento acerca de la salvación y bendición del reinado mesiánico, por el don del Hijo de Dios. En el Antiguo Testamento esta promesa se entendía sólo para Israel. Ahora se sabe que es también para los gentiles como tales.

Todo esto (ser coherederos, miembros del mismo cuerpo y copartícipes de la promesa) se debe a la relación de los gentiles con Cristo. Todo es por medio de su persona, por su unión viva con él, de lo cual es prenda el Espíritu Santo, que han recibido según 1: 11-13. Recuérdese que “EN CRISTO” es la idea central de la epístola.

El medio o instrumento por medio del cual lo anterior se da a conocer a los gentiles es el evangelio, las buenas nuevas dadas a los gentiles acerca del ofrecimiento de salvación y bendición para toda la humanidad que quisiera creer en Cristo y su obra redentora.

Este versículo 6 enseña:

- a) La naturaleza de las bendiciones de la que los gentiles hemos sido hechos partícipes: la herencia prometida al pueblo de Dios;
- b) La condición para ser partícipes: la unión con Cristo; y
- c) El medio para que se efectúe esta unión: el evangelio.

Por esta unión de gentiles y judíos en un solo pueblo de Dios todos disfrutamos del perdón de nuestros pecados, de la luz del rostro de Jehová, del aliento de su Espíritu, de la adoración y comunión de su iglesia y de las tareas y HONOR de servirle.

Por la simple y única condición del arrepentimiento y la fe, a todos nos pertenece igualmente la encarnación de Cristo, “su vida, enseñanza y milagros, su cruz, su resurrección y ascensión, su segunda venida y las glorias del reino celestial”. “El Dios de Israel es nuestro Dios. Abraham es nuestro padre, aunque sus hijos según la carne no nos reconozcan. Sus profetas profetizaron de la gracia que vendría para nosotros. Sus poetas cantaron los cánticos de Sión a los gentiles... Dirigen nuestras oraciones y alabanzas. En sus palabras encontramos expresión para nuestras tristezas y alegrías. En la fiesta de bodas o al borde de la tumba, en medio de la multitud, ... y en tierra seca, donde el alma suspira por las ordenanzas de Dios, llevamos a los salmistas y a los maestros de Israel con nosotros” (Findlay).

Hemos recibido incontables bienes espirituales de Israel y somos herederos de esos bienes, juntos con ellos, por Jesucristo, pero los judíos tienen un velo sobre sus ojos espirituales que todavía no les permite ver, como nación, que su verdadera gloria y grandeza están en su Mesías, que es la luz para todo el mundo. No es de extrañar que al comienzo rechazaran al Señor, debido a que se reveló en forma tan diferente a lo que ellos pensaban y esperaban, aunque después de tantos siglos no cabe duda ya de la victoria de Jesucristo. Sin embargo, no será hasta la tribulación, después del arrebatamiento de la Iglesia, que el velo caerá al fin y se cumplirá Zacarías 12: 10-11: “Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalem, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán llanto sobre él, como llanto sobre unigénito, afligiéndose sobre él como quien se aflige sobre primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalem, como el llanto de Adadrimón en el valle de Megiddo”). También se cumplirá Zacarías 8: 22 “Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar a Jehová de los ejércitos en Jerusalem y a implorar el favor de Jehová” y Zacarías 14: 16: “Y todos los que quedaren de las gentes que vinieron contra Jerusalem subirán de año en año a adorar al Rey, Jehová de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de las Cabañas”, durante el Milenio.

Versículo 7. “Del cual yo soy hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dada según la operación de su potencia”.

“Del cual”. Del evangelio. Esto era asombroso: Que el orgulloso fariseo, que despreciaba a los gentiles como perros, el más aborrecible animal para los judíos, a causa de la condición miserable en que vivían; que había perseguido a la Iglesia con feroz saña se hubiera convertido en apóstol del mismo a quien había odiado tanto era realmente una maravilla.

La palabra traducida **“ministro”** es **“diáconos”**, que viene de “correr por otro”, por lo cual indica un servicio muy activo, el de uno que corre para cumplir su deber. Así sirvió Pablo hasta su muerte y así debiera servir todo ministro y, en realidad, todo hijo de Dios en un mundo que tanto necesita del evangelio. No podemos conformarnos con un trabajo desganado, hecho perezosamente, durmiendo, descansando y recreándonos mucho y haciendo muy poco, a veces lo menos posible, en la obra de nuestro Dios. La obra a la que hemos sido llamados es demasiado importante como para actuar y vivir de esa manera: “Por lo cual alzad las manos caídas y las rodillas paralizadas” (Hebreos 12: 12); “Allegaos a Dios y él se allegará a vosotros. Pecados, limpiad las manos y vosotros de doblado ánimo, purificad los corazones” Santiago 4: 8. ¡Corramos para servir! Esto requiere dedicación, preocupación y esfuerzo.

“Por el don de la gracia de Dios que me ha sido dada según la operación de su potencia”. El maravilloso ministerio de Pablo fue un don, un regalo, y este regalo provino de la gracia de Dios a favor de su siervo.

Como **“gracia”** significa “favor inmerecido”, resulta que el hecho de que Pablo fuera hecho ministro del evangelio fue un favor, algo bueno para él, algo

que le enriquecía o le hacía feliz y que no habría podido tener de otro modo. Además, fue inmerecido. Dios se lo dio no a causa de sus excelentes cualidades personales o por la educación, formación y experiencia que había tenido, sino sólo por su soberana voluntad. Es de suponer que habría muchísima otra gente, incluso entre los creyentes, tan dotados y capaces como Pablo, pero a Dios le pareció bien dar este ministerio a Pablo y no a otro.

Nótese la humildad de Pablo, a pesar de su carácter sobresaliente: no atribuye nada a mérito propio, sino sólo a la buena voluntad de Dios y al hacerlo dice exactamente la verdad. Si algo hubiera atribuido a sus propias cualidades, habría estado completamente equivocado, como lo está siempre el presuntuoso y orgulloso, que vive contemplándose a sí mismo. Así, pues, todo ministerio, aunque parezca ser el más pequeño e insignificante, nos es dado por Dios como un favor, para nuestro bien, y sólo por su soberana voluntad, no por nuestros méritos. Por lo tanto, ese ministerio, ese “correr para servir”, no es el servicio de un esclavo, que sirve a la fuerza, por temor, ni es desagradable o penoso, sino un privilegio que Dios nos da, por lo cual debe llenarnos de HUMILDE satisfacción, porque ¿quién soy yo, para que Dios haya querido distinguirme, concediéndome que le sirva en esta forma?

“Según la operación de su potencia”. Es decir, “según la energía de su poder o potencia”.

“Poder” es la traducción de una palabra de la cual proviene nuestro término “dinamita”, lo cual indica que ese poder de Dios es grandísimo es “explosivo”, es potencia sin límite. Ese poder se había mostrado precisamente en la conversión del perseguidor en apóstol. El mundo no puede comprender esto, por supuesto, porque lo ve con sus ojos físicos y desde el punto de vista de una vida de pecado. Por eso se burla del ministerio cristiano o lamenta que personas que podrían haber hecho una brillante carrera en el mundo se hayan “perdido”, a causa de estas “fantasías” o “fanatismo”. Pero nosotros, que hemos recibido la gracia de Dios, que ha iluminado nuestras mentes y abierto nuestros ojos espirituales, no debemos avergonzarnos del evangelio y reconocer, por la Palabra de Dios y por propia experiencia que es “poder (dinamita) de Dios para salvación de todo el que cree...” El poder de Dios en acción debe producir cambios radicales, en sentido moral y espiritual, tanto en nuestra conducta, como en nuestra relación con Dios. Los que duermen o viven una vida de ensoñación, de fantasía, soñando con un “avivamiento”, con lo espectacular, no saben nada de lo que es la operación de Dios en el corazón. La regeneración de una persona es un cambio radical de naturaleza, es una nueva vida, de carácter sobrenatural, producida en nosotros por el Espíritu Santo y todo redimido debe tener conciencia de que vive esa nueva vida y de que en vida esa poderosa por causa de la omnipotencia de Dios.

Tenemos la responsabilidad de vivir una vida de poder tanto en el testimonio y propagación del evangelio, como en la victoria sobre el pecado en todas sus formas, externo o interno, y sobre la desidia o el apocamiento, aunque nuestra “suficiencia” debe provenir de Dios. Para que nuestras vidas manifiesten realmente el poder de Dios, que les dio origen, requerimos de oración de fe, persistente, ferviente, victoriosa.

Versículo 8. “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, es dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo”.

“A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos”. ¡Cuánta sincera humildad! Búsquese al más pequeño de todos los santos: ¡Yo soy aún menos que ese creyente! Esto no era falsa humildad, no era sólo apariencia. Pablo mira atentamente a los demás creyentes y siempre encuentra que el mal que hay en él es mayor que el que puede ver en los demás. También recuerda vívidamente su vida anterior a su conversión, cuando por su feroz persecución y crueldad forzó a los creyentes a blasfemar y se considera por eso el peor pecador (I Timoteo 1: 15; I Corintios 15: 9).

Este es el modo de llegar a ser verdaderamente humildes, íntimamente, de corazón: Junto con la oración de fe, no mirar tanto las fallas de los demás, que sólo podemos conocer por sus manifestaciones externas, sino enérgica y decididamente a nosotros mismos. De nosotros conocemos las fallas en su fuente, en nuestro corazón, por lo cual podemos darnos cuenta de cuán numerosas y profundas son. De este modo no nos sentiremos íntimamente complacidos con nuestras virtudes y éxitos y apreciaremos más las virtudes y éxitos de los demás. Los que no quieren o no saben o son indiferentes, porque no les preocupa o no les interesa esta introspección, este “mirarse hacia adentro”, serán siempre cristianos muy superficiales y completamente incapaces de apreciar sus vidas y experiencias en su verdadero significado. Por lo general se sentirán muy superiores o considerarán muy malas las faltas de otros y no se darán cuenta de que ellos pueden tener fallas iguales o peores. Pero hay que cuidar que la introspección no se convierta en una práctica enfermiza. Los que tienen tendencia natural a la introversión deben orar y cuidarse de no encerrarse en sí mismos. Los que tienen tendencia natural a la extroversión deben orar y esforzarse en mirarse a sí mismos.

“Santos” aquí es sinónimo de “creyentes”, no una clase especial. Era común usar este primer término en lugar del segundo.

No siempre pareció Pablo tan humilde: “Cierto pienso que en nada he sido inferior a aquellos grandes apóstoles” (II Corintios 11: 5). Pero aquí estaba defendiendo su autoridad apostólica, que le había sido dada directamente por Dios. Esta ardiente defensa de lo que había recibido por gracia, sin mérito propio, era perfectamente compatible con el reconocimiento más humilde de indignidad personal. Así debemos diferenciar entre el ministerio que Dios nos ha dado y una firme y apasionada defensa de las cosas de Dios y nuestra condición personal débil, sujeta a error, a caídas y desfallecimientos. Tenemos que mantener en alto la honra de nuestro Dios, sin demandar ni buscar honra alguna para nosotros, ni pública, ni privadamente.

“Es dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio”. Se destaca otra vez que el hecho de que Dios le hubiera enviado a predicar el evangelio era una gracia, un favor inmerecido que le honraba grandemente y le hacía feliz. No era una carga pesada, desagradable y penosa. Así debe serlo para nosotros. Pablo se daba cuenta cabal de esto, porque con sinceridad se

consideraba indigno, por lo cual no se daba reposo en la predicación del evangelio, recorriendo el Imperio Romano en gran parte de su enorme extensión y llenándolo todo del evangelio (Hechos 19: 10, 20). Era un fuego que ardía en su pecho: “Pues bien que anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme, porque me es impuesta necesidad y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! I Corintios 9: 16. Este fuego lo inflamaba todo a su paso. Era el fruto natural de su profunda gratitud. ¡Qué Dios nos haga así también a nosotros!

“De las inescrutables riquezas de Cristo”. Estas riquezas son: la persona misma de Cristo su amor y misericordia para con los pecadores; el haberse dado hasta la muerte para redimirnos; el haber resucitado para garantizarnos que viviremos con él eternamente; la plenitud de su divinidad, la plenitud de toda gloria y perfecciones divinas que moran en él; la plenitud de gracia para perdonar, salvar y santificar; la plenitud de todo lo que le hace la fuente que satisface el hambre y la sed espirituales de las almas de cada uno de los suyos. Es riqueza de sabiduría y conocimiento, de belleza y poder, de compasión y amor.

Estas riquezas o abundancia de ellas que posee nuestro Señor Jesucristo son inescrutables, es decir, no se puede llegar jamás hasta lo más hondo de ellas, ni se puede medir su grandeza infinita. Tan abundantes son esas riquezas que ni toda la eternidad será suficiente para llegar hasta el fondo de ellas.

Pero podemos conocerlas y aprovechar de ellas parcialmente o dicho de otro modo, podemos sacar de ese tesoro todo cuanto queramos, podemos aprovechar algo de esa riqueza y descubrir que aún hay muchísimo más y “hundir las manos” más adentro o profundizar y apropiarnos de más de estas riquezas, pero aunque “cavemos” aparentemente muy hondo, todavía estaremos sólo en la superficie, todavía quedarán cantidades inconcebiblemente grandes de esas riquezas por explorar, para hacerlas nuestras, y esto aunque se trate del creyente más diligente, más espiritualmente hambriento.

¡Qué triste es que la mayoría de los cristianos ignoremos tan completamente esas riquezas o nos contentemos con tan poco, muchas veces casi sólo con ser salvos, sin la menor aspiración a profundizar y adueñarnos de los maravillosos tesoros de Cristo que están a nuestra disposición, con sólo que queramos darnos el trabajo de “excavar”, es decir, de meditar, estudiar, pensar y profundizar en la Palabra de Dios, día tras día. En nuestra ignorancia de esas riquezas somos como mi esposa y yo, que veíamos jugar a nuestros hijos Alvar y Ariel en Astillero (un lugar en la orilla norte del canal de Chacao) con un tronco que les servía de balancín sobre un terreno gris y barroso, que después se descubrió que eran arenas auríferas, o como un minero que hubiera descubierto un rico filón y se contentara con sacar de vez en cuando la cantidad indispensable para no morir de hambre, hasta que un terremoto sepultara la veta para siempre.

Para Pablo este “anunciar... el evangelio de las inescrutables riquezas de Cristo” era una delicia incesante. Era como si un océano ilimitado de frescura y esplendor se hubiera abierto ante su mente y corazón. Era como una tierra entera, un cielo inexplorado, que se abría ante él a medida que se le revelaba la grandeza y el alcance, las riquezas de la gracia de Dios en Cristo y que alcanzaba por igual a judíos y gentiles.

Estos versículos están impregnados de la impresión maravillada que la revelación del evangelio produjo en los primeros destinatarios de la epístola. ¿Estamos nosotros, o mejor, deseamos nosotros, internarnos en ese océano de las riquezas de Cristo? ¿Nos impresiona tanto como a los efesios la abundancia inagotable de las riquezas espirituales que están a nuestra disposición?

Pero la comisión de Pablo era tanto la predicación del evangelio, a lo que se refiere este versículo 8, como la enseñanza, la “reflexión teológica” (para ordenar los “datos” de la Biblia en un sistema lógico), la estructuración de la doctrina cristiana, según I Timoteo 2: 7 (“De lo que yo soy puesto por predicador y apóstol..., doctor de los gentiles en fidelidad y verdad”). A este segundo aspecto de su misión pasará ahora a referirse.

Versículo 9. “Y de aclarar todos cuál sea la dispensación del misterio escondido desde los siglos en Dios, que crió todas las cosas”.

Parte del ministerio de Pablo consistía en “pensar lógicamente” el evangelio, es decir, desarrollar sus ideas básicas con todas sus implicaciones, aplicarlas a las necesidades de los seres humanos y usarlas para resolver los problemas que tenía que enfrentar como pastor y evangelista. Tenía que librar al evangelio del legalismo y de las interpretaciones mecánicas del judaísmo, o sea, librar al espíritu de la esclavitud de la letra: “El cual asimismo nos hizo ministros suficientes de un nuevo pacto: no de la letra, mas del espíritu, porque la letra mata, mas el espíritu vivifica. Y si el ministerio de muerte en la letra grabado en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudiesen poner los ojos en la faz de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual había de perecer ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del espíritu?” II Corintios 3: 6-8, pero también de la influencia disolvente del escepticismo y de las religiones de misterio” combinadas con la filosofía de los gentiles.

El apóstol se abrió paso en medio de una fiera e incesante oposición de ambos lados y dirigió el pensamiento de la iglesia naciente hacia adelante y hasta ahora la guía en el conocimiento y la fe del Hijo de Dios. Él puso el fundamento de la teología cristiana. Sus epístolas son el fruto de su reflexión teológica, inspirada por el Espíritu Santo. De esta manera ha influido en el mundo más que cualquier hombre, exceptuado Jesucristo mismo.

En el nivel muchísimo más modesto que nos corresponde, debemos estudiar en la Biblia, leer lo que otros creyentes han escrito como fruto de su propia reflexión y pensar sobre el ser, las perfecciones y las obras de nuestro gran Dios. Esta es una gran tarea, noble, la más noble, de nuestra mente e incluye también un “trabajo del corazón”. La consideración de todo lo dicho hasta aquí debiera hacernos prorrumpir en un canto de alabanza permanente y cada vez más agradecido a tan gran Dios.

“**Aclarar**” es “dar luz” o “alumbrar”, una figura común de lenguaje, para referirse a la verdad en contraste con el error.

“**Dispensación**” es, otra vez, “economía”. El especial ministerio de Pablo fue tanto el de recibir la revelación de aquel “misterio escondido desde

los siglos en Dios”, es decir, que la salvación de Dios era para los judíos y gentiles en perfecta igualdad, revelación que otros recibieron aun antes que él, como el de ser instrumento en las manos de Dios para su comunicación y aplicación práctica a todo el mundo y para sacar las conclusiones o hacer ver las consecuencias de tan sublime y gran verdad. Sólo a Pablo se le encomendó la tarea de exponer todo esto y ponerlo en orden. Por eso se le puede llamar “el arquitecto de la doctrina cristiana”.

Nótese que a diferencia de las elevadas especulaciones de la filosofía de todos los tiempos y de la moderna “teología”, las sublimes verdades de nuestro Dios son para aplicarlas a la vida diaria del creyente común y son útiles y una bendición para él. Lo demás es vano ejercicio de la mente, motivado por el orgullo humano.

“Que crió todas las cosas”. Esta frase no se refiere a la creación material, que no aparece en el contexto, sino al propósito de redención formulado en el consejo eterno de la Trinidad y destaca el hecho de que además de lo material el Dios omnipotente ha producido la nueva creación, que es el resultado de la redención, una obra más costosa que la primera.

Versículo 10. “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos”.

Este pensamiento es un desarrollo o aplicación más grande y amplio que el “anunciar” del versículo 8 y del “aclarar” (“enseñar claramente”) del versículo 9.

La Iglesia es la institución que Dios ha establecido en el mundo para dar testimonio de su gracia y para anunciar el evangelio hasta los confines de la tierra, guiada por el Espíritu Santo Predica el evangelio y éste revela la “multiforme” sabiduría de Dios, es decir una sabiduría que tiene muchísimas facetas o aspectos, tanto a los hombres, como a los ángeles.

Algunos estiman que lo dicho es el resultado de un entusiasmo sin control por parte de Pablo y también de la ignorancia de lo que es el mundo físico, en el cual nuestra tierra apenas es una minúscula partícula. Sería, en tal caso un error semejante al geocentrismo de Ptolomeo (el sistema que considera a la tierra como el centro del universo). Pero aquí no se trata de cantidad, sino de calidad. Lo físico no se puede comparar con lo espiritual. El alma de un solo hombre vale más que todos los tesoros del universo, porque es una persona, con inteligencia, con sentimientos y voluntad; tiene consciencia de sí misma; puede relacionarse conscientemente con su Creador. En cambio, las colosales cantidades de energía del universo son ciegas, inconscientes, involuntarias, insensibles. Sin embargo, ¿en qué pequeño cuerpo reside esa alma! Hasta en lo físico ocurre que el pequeñísimo átomo es portador de una cantidad de energía inmensa, sin relación con la pequeñez de esta partícula. También una célula microscópica puede contener en potencia la vida de todo un mundo. Así pues, no se trata de que la tierra sea pequeña en tamaño, sino que Dios, por su soberana voluntad, quiso hacerla la morada de su Hijo encarnado, a quien quiso entregar para redimirla.

“Los principados y potestades en los cielos” son los ángeles (véase 1: 21). Creemos firmemente en su existencia real. Las Escrituras son claras, abundantes y terminantes. Los ángeles no son una figura de lenguaje o una personificación de una idea abstracta y menos aún, si cabe, un “mito”. Al respecto, considérese las palabras de Jesús en Mateo 26: 53: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre y él me daría más de doce legiones de ángeles?” y en 18: 10: “Mirad no tengáis en poco a alguno de estos pequeños, porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre que está en los cielos”. ¿De qué habrían servido en estos casos unas “ideas abstractas” o unos “seres mitológicos”?

A pesar de todo su poder, grandeza y sabiduría, los ángeles son criaturas finitas como nosotros, por lo cual su conocimiento no es ilimitado (“Y yo me eché a sus pies para adorarlo. Y él me dijo: Mira que no lo hagas; yo soy siervo contigo y con tus hermanos que tienen el testimonio de Jesús: adora a Dios...” Apocalipsis 19: 10. Lo mismo se repite en 22: 8, 9).

Dios no quiso revelarles directamente los grandes hechos de la redención, sino que encomendó a la Iglesia que lo hiciera. Por esto están en continua observación de esos hechos y aprenden cada vez más acerca de la “multiforme sabiduría” de Dios de ese modo. Es de suponer que los hechos de la encarnación, la muerte expiatoria de Cristo en la cruz, la publicación del evangelio, el derramamiento del Espíritu Santo, estuvieron llenos de sorpresa y novedad para ellos. Por eso sus ejércitos estaban sobre Belén cuando nació Jesús (Lucas 2: 9, 13, 14) y por eso también deben de haber contemplado con estupefacción, posiblemente sin poder comprender por qué Dios lo permitió y por qué no les dejó actuar cuando su Señor fue crucificado y murió allí.

Pedro nos informa sobre el interés de los ángeles en todo esto, lo que casi seguramente fue el resultado de su interés por conocer aquello que les había estado oculto a través de las edades: “A los cuales fue revelado que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora os son anunciadas de los que os han predicado el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo, en las cuales desean mirar los ángeles” I Pedro 1: 12.

Pablo estaba consciente de la presencia de esos espectadores silenciosos e invisibles: “Porque a lo que pienso, Dios nos ha mostrado a nosotros los apóstoles por los postreros, como a sentenciados a muerte, porque somos hechos espectáculo al mundo y a los ángeles y a los hombres” I Corintios 4: 9. Esta es la razón por la cual requiere a Timoteo, “delante de Dios y del Señor Jesucristo y de sus ángeles escogidos”, que guarde celosamente todo lo que ha recibido y para lo cual ha sido comisionado (I Timoteo 5: 21). ¿Qué vale, qué peso puede tener la opinión pública o el qué dirán, el aplauso o la burla de las muchedumbres de este mundo, si se comparan con la reacción de estos augustos testigos de nuestros actos?

Versículo 11. “Conforme a la determinación eterna, que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”.

“Conforme a la determinación eterna” o “conforme al propósito de los siglos” o “según el propósito de las edades”. Lo que la Iglesia tiene que comunicar a los ángeles no son acontecimientos casuales o el resultado exclusivo de las encontradas y cambiantes voluntades humanas, sino parte de

la manifestación del propósito final que tiene Dios respecto de toda la creación, aun en sus menores detalles.

Este pasaje enseña claramente que todo cuanto ha sido creado lo fue con un propósito y que tanto lo creado como el propósito con que fue creado estaban en la mente de Dios ante de su creación. En el propósito se incluyen todas las relaciones de Dios con la humanidad, especialmente la de salvar a los pecadores elegidos en Cristo. Esta es la doctrina de la soberanía de Dios, inequívocamente enseñada en la Palabra de Dios y motivo de profundo consuelo frente a la adversidad y aflicción. Cuando parece que todo va de mal en peor no tenemos que olvidar que todavía Dios gobierna su creación y la controla y que el desorden y rebelión actuales serán ordenados al fin y dominados por él, cuando establezca su reino en esta tierra durante el milenio, por su omnipotencia. Mientras tanto, de siglo en siglo, el propósito de Dios sigue cumpliéndose, aunque no nos demos cuenta, avanzando y desarrollándose hasta que llegue el tiempo previsto por Dios para su completa consumación. Es inimaginable un Dios que no sea soberano, porque sería un Dios que salva ahora y promete vida eterna, para rechazar mañana, por haber descubierto errores en sus planes o por actos humanos no previstos ni conocidos de antemano. La relación entre la soberanía de Dios y la libre voluntad del hombre es un grandísimo misterio, pero no por eso tenemos que rechazar una u otra, puesto que ambas están claramente reveladas en la Biblia.

Volvamos a los ángeles y notemos que aunque Dios no les reveló su plan de salvación directamente, su sabiduría les llevó a esperar pacientemente hasta que llegara el tiempo en que les fuera revelado, por medio de la Iglesia, como vimos. Mientras tanto, no reaccionaron con incredulidad, por no saber, ni criticaron lo que todavía no podían comprender, es decir, el plan de salvación todavía incompleto de o la justicia de Dios. Con mucha paciencia esperaron que se fuera descorriendo el velo. Han llegado a conocer mucho del plan de salvación ahora, pero todavía aguardan pacientemente su completa consumación. Así debemos tener nosotros también paciencia: “Lo que yo hago, tú no entiendes ahora, mas lo entenderás después” Juan 13: 7.

Estos ángeles son nuestros hermanos, en cuanto criaturas de Dios, y conocen la eternidad y pueden ver el futuro en una forma que nosotros no podemos. Además están muy por encima de los conflictos de esta tierra, de las dudas y de los clamores de todo orden que tanto nos turban, confunden y engañan a veces. Son testigos de nuestras debilidades, temores y fallas, pero también miran sin cesar a Aquel que está sentado a la diestra del Padre, mientras espera hasta que sus enemigos sean hollados bajo sus pies (Salmo 2: 1-4). Saben cómo a medida que corren los siglos el plan de Dios se va cumpliendo inexorablemente y cómo hechos aparentemente inconexos, imposibles o casuales, se van encadenando, para que se cumpla el propósito divino sin falta. Un ejemplo de esto último es Gálatas 4: 4: “Mas venido el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, hecho de mujer, hecho súbdito a la ley”. El “cumplimiento del tiempo” implica la conjunción de hechos tan dispares y lejanos como el establecimiento del férreo gobierno romano, la extensión del idioma griego a todo aquel mundo antiguo, la dispersión o diáspora de los judíos por todo ese mundo, etc. Otro ejemplo de lo mismo es el restablecimiento de Israel, en 1948, que implicó el rechazo de los judíos en

muchos países del mundo; la primera guerra mundial, que dejó Palestina a cargo de Inglaterra, en lugar del Imperio Otomano; el gran holocausto, etc.

Cuando consideramos ese conocimiento y actitud de los ángeles, podemos también nosotros observar con tranquilidad y fe el tumulto del mundo, ver más allá de lo que aparece en la superficie (“Por fe andamos, no por vista”; “No mirando nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven, porque las cosas que se ven son temporales, mas las que no se ven son eternas”. II Corintios 5: 7; 4: 18) y tener calma y confianza en medio de los vaivenes y calamidades de este mundo.

El reino de Satanás no caerá sin una violenta lucha, la que ocurrirá con furia sin igual durante la gran tribulación, pero caerá necesariamente, porque Satanás es un enemigo vencido y condenado en la cruz. Por la fe podemos anticipar el triunfo del Señor, y su Iglesia con él, y esperar el día glorioso cuando se oirá el grito triunfal: “¡Aleluya, porque reinó el Señor nuestro Dios todopoderoso!” (Apocalipsis 19: 6).

“Que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”. La idea parece ser: “que cumplió en Cristo Jesús”, por el contexto y especialmente por lo que viene a continuación. Con esta frase se continúa el pensamiento del versículo 9 y se pone de relieve que es mediante Cristo que se cumplió o se hizo efectivo el misterio de la extensión universal del evangelio.

Versículo 12. “En el cual tenemos seguridad y entrada con confianza por la fe de él”

De la consideración de asuntos tan elevados, tan “celestiales” como son la soberanía de Dios, sus planes eternos y la instrucción de los ángeles por medio de la Iglesia, Pablo pasa bruscamente a referirse a asuntos de la Iglesia aquí en la tierra. La relación, de contraste, es que aunque los grandes potentados celestiales puedan asombrarse y llegar hasta no entender la profunda sabiduría divina, nosotros, los que creemos en Cristo, tenemos por medio de él (“en el cual”), es decir, no por virtud propia alguna, ni aun dada por gracia, privilegios inconcebiblemente grandes y que, por eso, son también parte de aquel “misterio” revelado ahora claramente y del cual Pablo es el especial ministro. En otras palabras, este pasaje hace resaltar la grandeza inmensa, divina, de ese “misterio” cumplido en Cristo y cuya administración le fue confiada a Pablo.

Tres son los grandes privilegios de que gozamos todos los que somos parte verdadera de la Iglesia, que se destacan aquí: seguridad o libertad, acceso o admisión y confianza.

Tenemos seguridad. La idea correcta es “libertad”, libertad de palabra: Podemos dirigirnos a Dios Padre con plena libertad de petición (“Si estuviereis en mí y mis palabras estuvieren en vosotros, pedid todo lo que quisiereis y os será hecho”; “No me elegisteis vosotros a mí, mas yo os elegí a vosotros y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto y vuestro fruto permanezca, para que todo lo que pidieréis del Padre en mi nombre, él os lo dé”; “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, esto haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo”; “Y aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo,

que todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre: pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” Juan 15: 7, 16; 14: 13; 16: 23-24. “Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá” Mateo 7: 7. “Y esta es la confianza que tenemos en él: Que si demandáremos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye” I Juan 5: 14). Podemos demandar su cuidado providencial, tanto en lo temporal, como en lo que es necesario para nuestro desarrollo espiritual, sin necesidad de aprender “el secreto de la oración eficaz” o de la “vida victoriosa”, como se titulan algunos libros, y también sin necesidad de leer muchos libros, pero sí leyendo mucho la bendita Palabra de Dios. Estas peticiones las podemos hacer exactamente como si estuviéramos en la presencia inmediata de Dios, ante su trono, porque nuestro Abogado nos ha colocado allí. Nadie puede impedir, ni prohibir, nuestra oración; podemos presentarnos delante del Padre sin ninguna vergüenza por nuestros pecados, porque Cristo los quitó y estamos vestidos de él, de su justicia (“Justificados pues por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” Romanos 5: 1).

Esta libertad de petición, libertad para orar, no es una esperanza futura o un sueño de lo que podría ser, sino una realidad ahora. ¡Cuántas veces hemos verificado en nuestras propias vidas que la oración no es una ilusión, ni un clamor al vacío, sino que siempre el Señor la oye y responde para nuestro efectivo bien!

Tenemos acceso o, mejor, admisión. Si tenemos verdadera fe en Cristo, podemos presentarnos sin temor ante la majestad divina. El nombre de Cristo que llevamos nos abre la entrada al “lugar santísimo”. Recuérdese que en el antiguo Israel el “lugar santísimo” del templo, que era figura del cielo o de la especial morada de Dios, estaba oculto hasta de la mirada de los sacerdotes y, con mayor razón, de la del pueblo común, por un espeso velo o cortina y que sólo el Sumo Sacerdote, figura de Cristo, podía atravesarlo una vez al año, con sangre. Cuando Cristo murió en la cruz, ese velo se rompió de arriba abajo, con lo que se representó que la entrada al cielo quedaba abierta completamente para todos los que nos acogemos con fe a la sangre derramada de Cristo. La verdadera fe en Cristo es el pasaporte que nos abre de par en par las puertas del cielo.

Esta “**admisión**” es el acto por el cual Cristo presentó al Padre su perfecto sacrificio y a nosotros, los elegidos, los que el Padre le dio, vestidos de su justicia y protegidos por su sangre derramada. Así nos dio el lugar de HIJOS en la casa paterna, aunque antes habíamos sido hijos del diablo.

“**Confianza**”. Admitidos en esta forma en la presencia del Padre, podemos acercarnos a él con completa confianza, aunque seamos “el menor de los santos” o “el primero de los pecadores”.

En cierta ocasión se le desbocó el caballo a Napoleón. Un soldado, con riesgo de su vida, tomó las bridas de la cabalgadura y logró detenerlo en su carrera desenfundada. Ya seguro, Napoleón le dijo: ¡Gracias, capitán! ¿De qué regimiento?, le contestó el soldado. De mi guardia personal. Gracias, majestad. El soldado entregó su fusil, mientras se alejaba el emperador y fue a colocarse entre los oficiales. ¿Qué hace aquí este intruso?, dijeron algunos de ellos. Soy

capitán. ¿De qué grupo? ¡De la guardia imperial! ¿Quién te lo dijo? El emperador. Esto bastó para que le admitieran como uno de los suyos.

“Lleguémonos pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”; “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el santuario por la sangre de Jesucristo, por el camino que él nos consagró nuevo y vivo, por el velo, esto es, por su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, lleguémonos con corazón verdadero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua limpia” Hebreos 4: 16; 10: 19-22.

Todos sabemos lo que cuesta llegar a la presencia de un grande de esta tierra. ¡Sin embargo, nosotros tenemos libre acceso, con toda confianza, a la suprema majestad de Dios! ¡Aprendamos a apreciar con gratitud y humildad los privilegios que tenemos en Cristo!

“**Por la fe de él**”: no se refiere a la fe que Cristo tiene en su Padre y que nos beneficiaría a nosotros, sino a la fe que nosotros tenemos en Cristo.

Versículo 13. “Por tanto, pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria”.

“**Por tanto, pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros**”. Como tenemos completa libertad de petición y acceso abierto al Padre, por medio de nuestro Señor Jesucristo, y conocemos el propósito de Dios de que el evangelio alcance a gente de todo el mundo, sin discriminación alguna, lo cual durante mucho tiempo fue un ministerio, no podemos desmayar por ninguna causa, sea por nuestras propias aflicciones, sea por las de otros hijos de Dios, especialmente si sufren por causa nuestra.

Cuando escribe esta carta, Pablo estaba sufriendo un afflictivo encarcelamiento, encadenado día y noche a un soldado romano y sin poder continuar libremente la predicación del evangelio en todo lugar. Estaba sufriendo esto por causa de los gentiles y debido a su anterior ministerio entre ellos, pero su intenso deseo es que no se desanimen por esos sufrimientos suyos, sino que se fortalezcan y animen, para que la obra de evangelización comenzada continúe sin cesar.

La idea es que los sufrimientos de Pablo no debían ser motivo de desaliento para los receptores de la carta. Pablo no rogaba para no desmayar él por sus sufrimientos. Filipenses 1: 12-14 (“Y quiero, hermanos, que sepáis que las cosas que me han sucedido han redundado más en provecho del evangelio, de manera que mis prisiones han sido célebres en Cristo en todo el pretorio y a todos los demás y muchos de los hermanos en el Señor, tomando ánimo con mis prisiones, se atreven mucho más a hablar la palabra sin temor”) y Colosenses 1: 24 (“Que ahora me gozo en lo que padezco por vosotros y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia”) muestran claramente que ese es el sentido.

¿Por qué podían los lectores de la epístola desalentarse por los sufrimientos de Pablo? Tal vez creían que la causa de Cristo estaba retrocediendo; Pablo había estado preso un largo tiempo y parecía que su ministerio había terminado sin que el mundo fuera evangelizado. Parecía que el

glorioso destino anunciado para la iglesia no podría cumplirse. Además, tenían por la misma vida de Pablo. Carecían ahora de su presencia, de su gozo en el Señor, de su confianza alentadora, de su palabra inflamada de fe, de entusiasmo y de poder del Espíritu Santo. Bien podían estar desalentados o descorazonados, como nosotros, cuando vemos tanta dificultad que nos rodea y tantas amenazas en el futuro.

Pero Pablo razonaba exactamente al revés: Es verdad que estaba sufriendo y por causa de ellos, pero eso significaba que su causa era grande y digna, era una empresa que valía la pena de que se pagara tal precio por ella. Si no fuera porque así se estaba consiguiendo un propósito muy grande, Dios no permitiría que su siervo sufriera así. Era parte del plan eterno de Dios para que el evangelio pudiera alcanzar a todo el mundo.

Así debemos pensar nosotros. La obra del Señor en las fieles iglesias fundamentalistas está sujeta a toda clase de ataques: De los apóstatas ecuménicos; de las sectas falsas; de falsos hermanos; de malos hermanos; de cristianos infantiles, que ya deberían ser cristianos maduros; de cristianos muy carnales, que se dejan gobernar por sus impulsos y tendencias, por su mal genio, sin vencer lo malo que hay en ellos, etc.

Es algo que puede hacernos desesperar, como al salmista: “Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?” (Salmo 42: 3). La obra del Señor en un mundo como éste en el que vivimos irá siempre asociada con el dolor: “Los que sembraron con lágrimas...”; “Irá andando y llorando el que lleva la preciosa simiente...” (Salmo 126: 5a, 6a). Si no fuera así, querría decir que es una obra que agrada a Satanás y al mundo, como lo es por ejemplo, el Movimiento Ecuménico.

Por lo anterior, nuestras propias tribulaciones y las de los otros siervos en lugar de desalentarnos deben darnos más ánimo, para seguir adelante sin desmayar: “Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús” Filipenses 3: 13-14; “Pelea la buena batalla de la fe, echa mano de la vida eterna, a la cual asimismo eres llamado, habiendo hecho buena profesión delante de muchos testigos” I^a Timoteo 6: 12; “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día, y no sólo a mí, sino también a todos los que me aman su venida” Timoteo 4: 7-8.

La oposición y las dificultades, tales como fatiga, enfermedad, corazones muy duros, el envejecimiento, incluso el fracaso aparente, no son razones para dejar de lado la tarea que Dios nos ha encomendado. Si estamos seguros de que lo que estamos haciendo es conforme a la voluntad de Dios, entonces tenemos que seguir adelante, sin permitir que nada, ni nadie, con la gracia de Dios, nos aparte del cumplimiento de la tarea encomendada a nosotros.

“Los cuales son vuestra gloria”. ¿Cómo podían ser los sufrimientos del apóstol la gloria de sus lectores? Porque los períodos más gloriosos de la Iglesia han sido aquellos en que algunos creyentes sufrieron más, como durante las persecuciones imperiales romanas o durante la Reforma del siglo XVI. Esto es lo que sucedía con Pablo. Y sus lectores, en cierto modo, eran también participantes de esos sufrimientos, a causa de su aflicción por los

sufrimientos del apóstol. Estos sufrimientos eran la gloria de la Iglesia, porque la fortalecían y engrandecían extraordinariamente y mostraban su esplendorosa belleza moral. Hay que tomar en cuenta, a este respecto, que a menudo las grandes cantidades de dinero que se gastan en la obra y todo el enorme esfuerzo desplegando, en trabajo, de tiempo, etc., no consiguen los resultados que el sufrimiento de unos pocos cristianos produce poderosamente.

6. Oración para pedir poder espiritual. 3: 14 – 19.

Versículo 14. “Por esta causa doblo mis rodillas al Padre de nuestro Señor Jesucristo”.

La frase “**por esta causa**” nos lleva de vuelta al versículo 1, donde el ímpetu de su pensamiento llevó a Pablo a expresar en un largo paréntesis las ideas relacionadas con su ministerio (versículos 2 al 13).

“**Por esta causa**” se refiere a las gloriosas verdades expresadas en el capítulo 2, es decir a la gracia que ha hecho nacer de nuevo a sus lectores gentiles, los ha unido a los creyentes judíos en un solo pueblo o un solo cuerpo y los ha hecho parte del templo vivo que se está construyendo para morada de Dios.

Por causa de esa gracia, Pablo ora para que tengan un conocimiento más completo y una experiencia más profunda de la presencia y del amor de Cristo, para que se afirme y progrese su vida interior.

Esta es la segunda oración de Pablo por los efesios y tiene el mismo motivo que la primera (1: 15-20) y es, en realidad, la continuación y el desarrollo de ella, es decir, que son tan gratuitos los dones de Dios y tan absoluta nuestra falta de méritos, que nuestro único título para recibir más de la gracia de Dios son los dones de su gracia ya recibidos, pero ese título es suficiente: “Porque de su plenitud tomamos todos y gracia por (o sobre) gracia” (Juan 1: 16).

“**Doblo mis rodillas**” (“me arrodillo”). Por supuesto, no quiere decir que al escribir hace esto literalmente en ese momento, sino que desea expresar la sinceridad de su oración y su profunda reverencia. Las posiciones normales para orar, en la Biblia, eran de pie y arrodillados. Ambas expresaban reverencia y humillación ante Dios. Naturalmente, la posición corporal no es esencial en la oración y cualquier posición es correcta, si las circunstancias obligan a orar en esa postura. Por ejemplo, un enfermo que ora acostado o un creyente que ora sentado en un avión accidentado en el aire o que va conduciendo un vehículo motorizado. Lo que importa es una actitud de verdadera reverencia de corazón. Pero ¿cómo podrá sostener que tiene esa reverencia quien permanece indolentemente sentado en la oración pública, que es un acto tan destacado de culto? Lo que importa es la reverencia del espíritu, pero si esa reverencia es genuina, nos impulsará a expresarla exteriormente arrodillándonos, si eso no es posible por alguna circunstancia, poniéndonos de pie, con los ojos cerrados,

para evitar distracciones y para concentrar nuestra mente y espíritu en un ejercicio tan importante.

Pablo dirige su petición al Padre. En forma muy especial Jesús nos enseñó a llamar “Padre nuestro” a Dios. En esta carta, Pablo hace lo mismo una y otra vez: 1: 2, 3, 5, 17; 2: 18. La designación de Dios como Padre no es exclusiva del cristianismo, ni de la Biblia, pero en el Nuevo Testamento adquiere una connotación especial: No es sólo nuestro Creador, sino que ha adoptado como hijos a sus elegidos, quienes han sido salvados por fe en Cristo, por lo cual podemos tener con él una relación semejante a la de padre e hijo humanos: Una relación de profundo respeto (reverencia) y, al mismo tiempo, de tierno afecto y confianza, de intimidad. Es “fuego consumidor”, pero también es “Padre”. Por eso podemos orar a él como “nuestro Padre”; por eso Pablo ora aquí “al Padre”.

Versículo 15. “Del cual es nombrada toda la parentela en los cielos y en la tierra”.

Hay aquí un juego de palabras en el griego, que se conserva en castellano, entre “Padre” (patér) del versículo 14 y “parentela” (patriá): todos los descendientes de un antepasado (padre) notable, del cual toma su nombre, lo que llamamos clan. Por ejemplo: los hijos de Israel, de Aarón, de Coré, de David.

La idea aquí no es la de una sola familia de hijos de Dios, sino de muchas, en el cielo y en la tierra. Respecto a “familias en el cielo” debe de tratarse de los ángeles, que indudablemente son también “hijos de Dios” (Job 1: 6; 2: 1; Lucas 20: 35-36: los redimidos son “iguales a los ángeles” y son “hijos de Dios”. Por lo tanto, los ángeles deben serlo también). Estos ángeles son hijos de Dios no por ser Dios su creador, sino porque fueron elegidos de entre todos los ángeles: “Te requiero delante de Dios y del Señor Jesucristo y de sus ángeles escogidos...” (I Timoteo 5: 21).

Los protestantes, en general, creemos que todos los ángeles fueron creados buenos, pero capaces de pecar y que los que retuvieron su estado original fueron confirmados en su posición y ahora son, o han sido hechos, incapaces de pecar. No hay duda de que originalmente todos eran buenos, pero algunos no retuvieron esa posición: “Porque si Dios no perdonó a los ángeles que habían pecado... (II Pedro 2: 4); “Y a los ángeles que no guardaron su dignidad, mas dejaron su habitación...” (Judas 6). Los ángeles buenos están divididos en muchos órdenes: querubines, serafines, principados, poderes, tronos, dominios. Algunos de estos órdenes pueden ser estas familias que llevan el nombre de Dios en el cielo.

En esta tierra todos los redimidos formamos una familia que lleva también el nombre de Dios, puesto que cada uno ha sido adoptado como hijo por Dios, con todos los derechos legales de hijos efectivos.

Por lo tanto, los diferentes órdenes de ángeles buenos y todos los seres humanos redimidos por Cristo formamos las familias que llevan el nombre de Dios, a quien podemos llamar, propiamente, Padre. Esto no debe movernos a complacencia, ni orgullo, sino que debe ser un poderoso incentivo para la evangelización. ¡Gran privilegio es llevar el nombre de Dios! ¡Pero también una gran responsabilidad de vivir como es digno de ese nombre!

Este nombre expresa todo el amor que será manifestado en todas las edades sin fin y en todos los mundos creados. Rechazamos enérgicamente la idea de que estas familias se refieran, en lo que atañe a la tierra, a todas las razas, pueblos, naciones y lenguas, por el hecho de estar formadas por criaturas de Dios. Esto es lo que los apóstatas, de ideología humanista, llama “paternidad universal de Dios”. DIOS ES EL CREADOR DE TODOS LOS SERES HUMANOS, PERO ES PADRE SÓLO DE SUS ELEGIDOS, REDIMIDOS POR JESUCRISTO Y REGENERADOS POR EL ESPÍRITU SANTO. Los perdidos no tienen derecho a llamar a Dios con el dulce nombre de “Padre”. La Biblia diferencia claramente a los hijos de Dios de los que no son y señala con precisión que existen los que son hijos del diablo, quienes muestran una irreductible e inconfundible oposición contra los hijos de Dios: “Vosotros de vuestro padre el diablo sois...” (Juan 8: 44); “Yo ruego por ellos, no ruego por el mundo; sino por los que diste, porque tuyos son...Yo los he dado tu palabra y el mundo los aborreció, porque no son del mundo... No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo” (Juan 17: 9, 14, 16); “Salieron de nosotros, mas no eran de nosotros, porque si fueran de nosotros, hubieran cierto permanecido con nosotros, pero salieron para que se manifestase que todos no son de nosotros” (I Juan 2: 19); etc.

Pablo presenta ahora sus peticiones al Padre de amor, en quien debemos confiar sin reservas.

Versículo 16. “Que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu”.

“Que os dé, conforme a las riquezas de su gloria”. La gloria de Dios se refiere a la manifestación de su excelencia, de sus perfecciones. En este caso se refiere especialmente a su potencia y misericordia. Al “contemplar” la grandeza, perfección y armonía de todos sus atributos vemos una gloria cegadora, incomprensible, inalcanzable, incomparable con nada que nosotros conozcamos. Pablo pide audazmente, casi diríamos atrevidamente, no unas migajas de la mesa del Señor, como un limosnero, sino que sus dones para nosotros correspondan con el resplandor sublime de su gloria, es decir, que nos dé en forma potente y abundantísima, de modo que en cierta medida se comunique a nosotros su propia gloria, como a Moisés: “Y aconteció que, descendiendo Moisés del monte Sinaí..., no sabía él que la tez de su rostro resplandecía... y he aquí la tez de su rostro era resplandeciente...” (Éxodo 34: 29, 30), o como a los apóstoles: “Entonces viendo la constancia de Pedro y de Juan, sabido que eran hombres sin letras e ignorantes, se maravillaban y les conocían que habían estado con Jesús” (Hechos 4: 13).

“El ser corroborados con potencia en el hombre interior por su Espíritu” Esta es la primera petición. Como se trata de creyentes nuevos o débiles, recién salidos de la esclavitud del pecado o que han avanzado poco en la victoria sobre el pecado, temerosos ante las pruebas y débiles frente a la tentación, Pablo pide que les sea dada fortaleza en gran abundancia, a la medida de la gloria de Dios.

“Corroborados con potencia” es, literalmente: “establecidos” o “fundados”, es decir, “edificados firmemente sobre un fundamento”. En otras palabras: “fortalecidos”, como se traduce la misma palabra en I Corintios 16: 13. Lo que Pablo ruega es que no quede nada de debilidad, ni de temor en los creyentes, que tengan la fortaleza del que no teme la batalla, ni el peligro. Esto les hará fuertes y firmes en el Señor y les hará diferentes y superiores al mundo, porque transformará sus vidas, les dará una vida victoriosa, les llenará de la gloria de Dios, hasta donde es posible para el ser humano.

Para que este fortalecimiento sea efectivo, verdadero, en la medida que ruega el apóstol, vale decir, a la medida de la gloria de Dios, tiene que producirse en “el hombre interior”. Existe una fortaleza falsa que podríamos llamar “del hombre exterior”, visible, la que todos pueden ver: es la fuerza de voluntad o el dominio propio, que permite esconder la debilidad ante los demás o aparecer sin temor alguno, cuando interiormente se está temblando. Esta fortaleza propia, que domina las manifestaciones externas de debilidad, de temor, de cobardía, no puede cambiar la realidad de su presencia en el ser interior y esa realidad buscará siempre otros cauces para expresarse de algún modo, afectando a menudo en alguna forma la normalidad mental, tales como tics nerviosos, actos fallidos, suspiros involuntarios, pesadillas, neurosis, etc.

“Hombre interior” se refiere a la parte espiritual del hombre, el ser moral creado a la imagen de Dios. Es allí donde se produce este fortalecimiento verdadero. Mientras el mundo se burla, persigue y podrá hacer sufrir o entristecer y debilitar al creyente, el Señor le infunde interiormente nuevas fuerzas y alegría aun en medio de la aflicción. Todo puede temblar y vacilar alrededor de un creyente, pero de su corazón fluye “un manantial que es alimentado por el río de vida que procede del trono de Dios” (G. G. Findlay). Pablo mismo era un ejemplo de esto: estaba prisionero, atribulado por el mundo, expresado en su caso por el Imperio Romano, y objeto de su mofa, aparentemente desvalido, pero con una fortaleza de pensamiento y voluntad, una potencia espiritual mucho más poderosa que ese Imperio Romano. Esa potencia no era mera ilusión, porque con el correr de los siglos y al manifestarse exteriormente, derribaría a ese imperio, mientras que la potencia espiritual de Pablo permanecería intacta en todos los siglos por venir. Pablo ora precisamente para que todos los creyentes podamos disfrutar y compartir con él esta potencia que es inmensamente superior a la del mundo.

Finalmente, esta potencia en el hombre interior es “por el Espíritu”.

El semipelagianismo, que es la doctrina efectivamente abrazada por la Iglesia Católico-romana, dice que lo que ocurre es que el alma racional del hombre, su ser interior, armoniza con la voluntad de Dios, pero tiene que ser fortalecida por el Espíritu de Dios, para que no sea vencida por los deseos pecaminosos de la carne.

No es esto lo que se enseña aquí y en toda la Biblia. La idea original es que el Espíritu Santo trae toda la bendición en sus manos y entra con ellas a vivir en el hombre interior, donde no hay ninguna bendición. El alma, con todos sus poderes, es el asiento del pecado original y, por lo tanto, nada hay allí que pueda ser bueno o agradable para Dios. Ese hombre interior está completamente muerto, sin poder alguno.

Lo que el Espíritu hace no es comunicarle al ser interior alguna vida o bondad, mediante la cual pueda agradar a Dios a cooperar con él para su

salvación, sino que lo regenera, es decir implanta en él una nueva vida, porque la antigua está irremediadamente muerta. Esta nueva vida es implantada sobrenatural y misteriosamente por el Espíritu Santo en cada elegido, en el momento que Dios quiere: “Porque sabemos que la ley es espiritual, mas yo soy carnal, vendido a sujeción del pecado... Gracias doy a Dios, por Jesucristo, Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7: 14, 25); “Mas el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura y no las puede entender, porque se han de examinar espiritualmente. Empero el espiritual juzga todas las cosas, mas él no es juzgado de nadie” (I Corintios 2: 14, 15); “Porque la carne codicia contra el Espíritu y el Espíritu contra la carne y estas cosas se oponen la una a la otra, para que no hagáis lo que quisierais... Porque los que son de Cristo han crucificado la carne con los afectos y concupiscencias” (Gálatas 5: 17, 24). Es sólo en esta vida nueva donde el Espíritu puede obrar, dando fuerza y vigor cada día, para que vayamos creciendo hasta que la imagen de Dios sea enteramente restaurada en nosotros. Así que de ningún modo está la fuente de esta fortaleza en nosotros mismos. Esta fortaleza viene de afuera, es “por su Espíritu”.

Esta fortaleza es incomparablemente grande, es la que levantó a Jesús de entre los muertos, como vimos en 1: 19 y 20. Esta potencia de Dios, sobrehumana, que actúa en el hombre, se atribuye en todas las Sagradas Escrituras al Espíritu Santo. Es la morada del Espíritu Santo en nosotros la fuente de toda fortaleza moral: “Mas recibiréis la virtud (que es precisamente poder) del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros y me seréis testigos en Jerusalem, en toda Judea y Samaria y hasta lo último de la tierra”. Es entonces del Espíritu Santo, y sólo de él, que proviene el vigor de una fe firme o del buen soldado de Jesucristo, “la valentía de los mártires, la alegría y paciencia indoblegable de multitudes de creyentes oscuros que han sufrido por causa de la justicia” (G. G. Findlay).

Todo esto proviene no de nuestras virtudes o fuerza de voluntad, ni aun de alguna capacidad comunicada por gracia de Dios a nuestro viejo hombre, a nosotros mismos, sino del Espíritu Santo que viene a vivir en nosotros y nos ha comunicado una nueva vida, de la cual fluyen principios incommovibles, esperanza, perseverancia o constancia, dominio propio, que la colocan por encima del placer o del dolor y le comunican una nobleza sólo posible por la obra del Espíritu Santo. Ese poder no es neutralizado por nuestra debilidad propia, porque proviene precisamente del Espíritu Santo, que supera toda debilidad nuestra: “Y me ha dicho: Bástate mi gracia, porque mi potencia en la flaqueza se perfecciona...” II Corintios 12: 9. En lugar de neutralizar ese poder, nuestras debilidades son puestas a su servicio: “en la pobreza y la soledad en la ancianidad, cuando el cuerpo se debilita y decae, la fortaleza de Dios resplandece más que nunca en el hombre” (G. G. Findlay): “Tenemos empero este tesoro en vasos de barro, para que la alteza del poder sea de Dios y no de nosotros; estando atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperamos; perseguidos, mas no desamparados; abatidos, mas no perecemos; llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús en el cuerpo, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por Jesús, para que también la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal” II Corintios 4: 7-11.

Versículo 17. “Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones; para, arraigados y fundados en amor”.

“Que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”. Esta es la segunda petición y es, en esencia, la misma primera petición, aunque considerada desde un punto de vista diferente: la morada de Cristo en el corazón no es el resultado, ni el antecedente, de la potencia impartida por el Espíritu Santo en el hombre interior, porque una y otra son simultáneas. En cierto modo esta petición completa la súplica hecha a la Trinidad: al Padre (versículo 14), al Espíritu Santo (versículo 16) y al Hijo (versículo 17). En su naturaleza divina Cristo es omnipresente, de manera que no habría para qué dirigirle esta petición, de modo que debe referirse, entonces, a su naturaleza humana, con la cual mora en el cielo, donde está a la diestra de Dios Padre. Que more en nosotros se puede entender de dos maneras:

- a) Mora en nosotros a causa de la unión mística que tenemos con él, o
- b) Mora en nosotros personalmente, en la persona del Espíritu Santo, que es su vicario en la tierra.

“Habite” significa “hacer uno su casa o su hogar en un lugar”, en forma permanente, en contraste con una morada temporal o pasajera: “Así que ya no sois extranjeros, ni advenedizos, sino juntamente ciudadanos con los santos y domésticos de Dios” (Efesios 2: 19); “Por fe habitó en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en cabañas con Isaac y Jacob, herederos juntamente de la misma promesa, porque esperaba ciudad con fundamentos, el artífice y hacedor de la cual es Dios... Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido las promesas, sino mirándolas de lejos y creyéndolas y saludándolas y confesando que eran peregrinos y advenedizos sobre la tierra” (Hebreos 11: 9, 10, 13). El mismo verbo se usa en Colosenses 2: 9 (“Porque en él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente”) y 1: 19 (“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud”). Así desea Pablo que Cristo habite en nosotros: en toda su plenitud y para siempre, poseyendo nuestra mente, sentimientos y voluntad, para que nunca más tenga que llamar desde afuera, golpeando a la puerta de nuestro corazón y para que nunca más esté en duda o en discusión SU DERECHO DE HABITAR ALLI: “El que me ama, mi palabra guardará y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos con él morada” (Juan 14: 23).

En el original dice “el” Cristo, no Cristo solamente. Como la inspiración de la Biblia es verbal, es decir, como hasta las palabras mismas de la Escritura son inspiradas, aunque no por haber sido dictadas, podemos estar seguros de que esto no es accidental y que el artículo definido se usa por alguna buena razón. Puede sugerirse que lo que desea el apóstol para sus lectores es más que la posesión de Cristo que es común a todos los creyentes, por lo cual es de naturaleza general. Lo que desea es la presencia continua y segura de Cristo en el corazón de cada creyente, es decir, Cristo poseído, pero además comprendido en la forma más profunda, que sería lo que indica su nombre: EL CRISTO, el ungido de Dios por excelencia. Lo que desea es que los creyentes se den cuenta cabal de la importancia de la obra de Cristo a la luz de sus

relaciones con el Padre, con el Espíritu Santo y con los hombres, vale decir, que fue enviado y ofrecido por el Padre como expiación vicaria, fue poseído en forma absoluta por el Espíritu Santo y es el fiador de los hombres y cabeza de los elegidos.

Lo que Pablo está tratando de conseguir es elevarles a una comprensión adecuada de la grandeza de la persona y oficios del Redentor. Ansía que sus mentes sean poseídas por su propia profunda comprensión de Jesucristo EL SEÑOR.

La diferencia entre “Cristo” y “el Cristo” se parece a la que existiría entre decir “el presidente Fulano” o “el presidente”, en un país donde hubiera habido un jefe de Estado tan superior, tan universalmente respetado y amado por su pueblo que decir “el presidente” no podría referirse a ningún otro. “El presidente Fulano” lo colocaría en el mismo nivel que otros. “El presidente” se referiría al que ha sido diferente y claramente superior a todos los otros. Así los reyes sacerdotes y profetas eran ungidos por Dios para realizar una tarea, eran ungidos entre muchos. David fue un ungido; Elías, también; etc., pero de ninguno de ellos podía decirse: el ungido. Jesús, en cambio, es “el ungido”, “el Cristo”, diferente e incomparablemente superior a todos los otros. Pablo ora para que Cristo more en el corazón de los creyentes, como el pámpano vive por su unión con la vid y NO PUEDE VIVIR POR SÍ MISMO, ni de ningún otro modo. Pero, además, ora para que sus lectores puedan apropiarse, hacer suyo a Cristo “en la altura de su divinidad, en la anchura de su humanidad y en la plenitud de su naturaleza y su potencia”.

¡Cuánto de lo que Pablo anhela se aplica directamente a nosotros! Si somos salvos, nacidos de nuevo, Cristo vive en nuestros corazones igual que entonces ¡pero conocemos tan poco a Aquel que vive en nosotros! Podría decirse que respecto a nuestra comprensión de él es un pobre Cristo comparado con el que tenía Pablo. Hay multitudes de cristianos que llevan al hombre de Cristo, para quienes ese nombre tiene poco o ningún significado. Le han conocido como su Salvador, han recibido de él el perdón de sus pecados y la seguridad de la vida eterna y quedan tranquilos. Dedicán entonces el ardor de sus almas y mentes a otros asuntos que atraen su atención: el trabajo, la profesión, los deportes, las amistades, la vida social, la familia, etc. De este modo conocen a Cristo sólo como el que expió sus pecados y les redimió e hizo hijos de Dios. Eso les basta. No saben nada, ni les interesa, el ardor apasionado y el esfuerzo incesante de Pablo y de otros creyentes para “conocer a Cristo”. La teología les parece un ejercicio bueno sólo para los pastores o para unos pocos, un ejercicio intelectual más o menos inútil, sin valor práctico. Pero Cristo no puede tener su debido lugar en nuestro corazón si no conocemos las riquezas de su gloria o nos preocupamos muy poco de conocerle en toda su plenitud revelada a nosotros en su Palabra. ¿Cuántos están dispuestos a dejar a un lado su ocupación favorita para pensar, meditar, reflexionar y estudiar acerca de “el Cristo” durante un par de horas? ¡Y ese estudio es inagotable!

Conocemos primero a Cristo como nuestro Salvador, luego profundizamos más en lo que él es, hace, ha hecho y hará y esa profundización no tiene límites: toda la vida dedicada a eso no es suficiente para agotar el tema, ni aun toda la eternidad. Tanto es así que el mismo Pablo, con toda la profunda comprensión que tenía, consideraba que sólo estaba en el comienzo de la tarea.

Una comprensión siempre creciente de Cristo aumenta la capacidad del corazón, no sólo de la inteligencia o el simple conocimiento de datos, y el poder moral del creyente. Mucho de nuestra debilidad proviene del poco interés que tenemos en esta reflexión y estudio. Al contrario, ha sido, y sigue siendo, común que personas con poco desarrollo intelectual, por falta de oportunidad para estudiar, luego de convertidas, empiecen a estudiar con ardor y profundo interés al Señor Jesucristo, por medio de la Palabra de Dios y pongan en práctica la comprensión así adquirida, lo cual les lleva a ampliar de tal manera su capacidad y conocimiento, que causan la admiración de otros con más estudios sistemáticos. El compañerismo constante, esforzado e inteligente con el Señor produce un espíritu vigoroso y sostiene y da valor en la aflicción. Esto es lo que Pablo pide a Dios para los creyentes gentiles y, sin duda, nosotros estamos incluidos en esa oración.

Tómese en cuenta, sin embargo, que esta grandiosa concepción del Cristo, esta morada de Cristo en nosotros en su sentido más amplio, no es el resultado de un simple ejercicio intelectual, fruto de la razón, sino que se obtiene POR LA FE Y SÓLO POR ELLA. Por eso la necesidad de ejercitar la fe siempre es necesaria: **“Porque por fe ANDAMOS, no por vista” II Corintios 5: 7.**

Fe es aceptación de la Palabra de Dios por ser la Palabra de Dios. Esto lo aceptamos con nuestro cuerpo, alma y espíritu, con nuestra inteligencia, sentimientos y voluntad, es decir con toda nuestra persona, en su unidad. La fe se ejerce en relación con TODO lo que Dios nos ha revelado en su Palabra: el camino de salvación; la grandeza inconcebible de Dios en su ser trinitario; sus perfecciones; su voluntad expresada en mandatos y prohibiciones para nosotros; sus promesas; etc.

Por lo tanto, apropiarnos del Cristo en el amplísimo sentido indicado es el fruto tanto del intelecto, como de los sentimientos y de la voluntad, en realidad de nuestro ser completo, que cree con todas sus facultades lo que Dios dice. Quien se dedicara a realizar exclusivamente un estudio intelectual de lo que la Biblia nos revela sobre Cristo no alcanzaría jamás esta morada de Cristo en él, por mucho que aprendiera. Los que pretenden “sentir” exclusivamente a Cristo, despreciando el conocimiento y el estudio, tampoco sabrán lo que es la morada de Cristo en ellos. Y los que suponen que tienen que realizar un gran esfuerzo de voluntad para apropiarse del Cristo verdadero, el de la Biblia, por ejemplo, forzándose a muchos y penoso trabajos o privaciones, si le buscan sólo así, nada más que como hombres o mujeres “prácticos”, conocerán siempre a Cristo en forma sólo superficial, no en su profundidad.

La petición de Pablo para que nos apropiemos de Cristo en toda su plenitud de modo que more en nosotros incluye el que esta morada sea en “vuestros corazones”: no se trata de llevar una imagen en alguna parte del cuerpo, un crucifijo o una simple cruz en la solapa, ni aun de que tengamos una concepción meramente mental o de que hayamos aceptado externamente, superficialmente, un credo o una iglesia, ni tampoco de que hayamos visto supuestas visiones o recibido pretendidas revelaciones, ni de que hayamos hecho muchos trabajos en el nombre del Señor: **“Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre y en tu nombre lanzamos demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y**

entonces les protestaré: Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de maldad” (Mateo 7: 22, 23). Es en el corazón donde Cristo tiene que morar.

En la Biblia el término “corazón” no es un modo de referirse a la vida afectiva, sino a la totalidad de nuestro ser: pensamiento, sentimiento y voluntad en su unidad indisoluble y en su esencial interrelación. Hablamos de pensamiento, sentimientos y voluntad separadamente, para diferenciarlos y entenderlos, pero en la realidad jamás se da uno sin los otros: son un todo orgánico. La petición de Pablo es, entonces, que Cristo posea y resida en todo nuestro ser, que “purifique los afectos, ilumine el entendimiento y gobierne la voluntad” (Erdman). Pero no hay que considerar que la expresión: “habite Cristo... en vuestros corazones” es meramente figurada, como expresión de cierto fenómeno psicológico natural, porque el Espíritu Santo realmente vive y obra poderosamente sobre la psiquis del que es hijo de Dios, redimido por la sangre de Cristo, lo que nunca ocurrirá en aquellos en los cuales él no vive, es decir, en los inconversos.

“Para que arraigados y fundados en amor”. Este es el resultado de la morada íntima de EL CRISTO en nosotros, de nuestra profunda comprensión de todo lo que Cristo es en sí mismo, de todo lo que hace, de toda su grandeza y del dominio completo que le permitamos tener de nuestro ser.

En esta cláusula el término más enfático es “amor”, porque en griego está al comienzo. Se podría traducir: **“para que, en AMOR, arraigados y fundados, podáis...”**

¿Qué es amor? Es un sentimiento o un afecto que nos impulsa a desear, buscar o efectuar nuestra unión con otra (u otras) personas o cosas, usualmente asociados a satisfacción propia en la unión y al propósito de hacer el mayor bien o producir satisfacción a la otra parte. ¿De qué amor se trata aquí? Ante todo del amor de Dios y de Cristo por nosotros, ese afecto divino que lo llevó a querer nuestro bien, a elegirnos, a predestinarnos, a dar a Cristo para que nos redimiera y pagara por nosotros, a darnos su Espíritu Santo, a querer unirnos a él.

Al regenerarnos, Dios ha puesto ese amor suyo en nosotros. Cristo, que vive en nosotros, nos ha dado su amor y en ese amor debemos estar “arraigados y fundados”, es decir, así como un árbol corpulento y poderoso hunde profundamente sus raíces en el suelo, de modo que ni la más furiosa tormenta puede desarraigarlo o derribarlo, o así como un edificio levantado sobre sólidos cimientos no se cae, aunque tenga que soportar una gran inundación o un violento terremoto, así nuestro ser debe estar afianzado con firmeza inquebrantable e indestructible en ese amor que nos asegura que somos objeto del amor inmerecido de nuestro Dios.

En ese amor se basa nuestra fe, confianza, seguridad y esperanza. Es por estar profundamente arraigados en ese amor y por estar firmemente fundados en él que podemos disipar toda duda y resistir incommovibles la tentación y la prueba, por poderosas y duras que sean. Recíprocamente, cada victoria sobre una duda, una tentación o una prueba ahonda nuestra raíces, afirma más nuestra cimentación sobre el amor de Dios, nos hace más fuertes, como el árbol expuesto a furiosos temporales: “El que no resiste no crece” (Lacy). La vida arraigada y edificada en ese amor no se mueve, porque tiene la misma firmeza de Cristo, quien ya venció toda tentación y ganó la victoria sobre la misma muerte, por nosotros, en nuestro favor (Lacy).

Desde el punto de vista práctico, esto significa que cuando enfrentamos cualquiera dificultad, en lugar de mirar a nosotros mismos, a nuestra debilidad o a nuestras virtudes, para superarlas, debemos afirmarnos en que el Señor nos amó, en que no nos dejará sucumbir solos o abandonados y que aunque creamos que tenemos capacidad propia para superar la dificultad, sólo en él está nuestra completa seguridad. Esto es necesario, porque a menudo sobreestimamos nuestra capacidad y subestimamos la dificultad, lo cual nos lleva a caer lastimosamente, como Pedro, cuando negó al Señor.

Consideremos cuidadosamente, en relación con esto el Salmo 23: 1-4 (**Jehová es mi pastor, nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma, guiará me por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento**"); I Corintios 10: 12-13 (**“Así que, el que piensa estar firme, mire no caiga. No os ha tomado tentación, sino humana, mas fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis llevar, antes dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis aguantar**”); y el Salmo 138: 8 (**Jehová cumplirá por mí, tu misericordia, oh Jehová, es para siempre, no dejarás la obra de tus manos**”).

El estar arraigados y fundados en el amor de Dios en la forma dicha, se convertirá en nosotros en la gracia cristiana del amor o, dicho de otro modo, nuestra respuesta al amor de Dios en nosotros será amor supremo a Dios y a todo lo suyo: su obra, su Iglesia, sus redimidos. El amor fraternal será uno de los primeros y más preciosos frutos de ese amor engendrado por el Espíritu Santo en nuestro corazón. También amaremos al prójimo en general y como vivimos en el amor de Dios, desearemos el mayor y efectivo bien para él, por lo cual querremos y ACTUAREMOS para que los demás lleguen también a vivir en ese amor y a disfrutar de ese bien, como nosotros.

Nuestro viejo hombre, en este caso, especialmente en forma de egoísmo y negligencia, lucha ferozmente en nosotros contra ese amor, por lo cual, para que nuestra respuesta al amor de Dios sea esa clase de amor no basta el conocimiento, la convicción, la decisión, ni aun el esfuerzo para que sea así; al conocimiento, convicción, decisión y esfuerzo tiene que unirse y ser una fuerza determinante y superior a esas actitudes nuestras la obra del Espíritu Santo, o sea, el Espíritu Santo, que tenemos desde que creímos (Efesios 1: 13-14), obra poderosamente en nosotros para que respondamos con amor al amor de Dios y nosotros lo sabemos, llegamos a estar convencidos de que debe ser así, decidimos vivir de esa manera y nos esforzamos por amar a Dios y todo lo suyo y a todo el prójimo, plenamente confiados en que el poder del Espíritu Santo que está en nosotros nos capacitará para ello. Por eso se dice que el amor es parte, y el aspecto principal del fruto del Espíritu Santo (Gálatas 5: 22-23) y que es por el Espíritu Santo que el amor de Dios está derramado en nuestros corazones.

Se comprenderá que este amor no puede ser una emoción pasajera, un débil sentimiento. No. Tiene que ser el principio fuerte y permanente de nuestra vida, el fundamento de nuestra nueva naturaleza. En ese amor debe basarse todo nuestro pensamiento, acción y propósitos. “Debe ser la atmósfera misma que uno respire” (Erdman). Podemos darnos cuenta entonces acerca de qué gran pecado es que no cooperemos en todo lo que nos corresponde con el

Espíritu Santo para que ese amor se manifieste real y prácticamente en nuestra vida regenerada y que si no realizamos un enérgico esfuerzo, con oración y fe en la obra del Espíritu Santo, viviremos necesariamente una vida cristiana muy limitada, llena de frustraciones y sin experimentar verdaderamente la mayoría de las bendiciones terrenales (no materiales) que Dios ha prometido a sus redimidos. Nuestro esfuerzo, que debe unirse y depender del trabajo del Espíritu Santo en nuestro espíritu y alma, puede ser penosísimo, especialmente cuando requiere que aceptemos y amemos realmente a un hermano o persona, en general, que nos es antipática o que nos desagrada por razones que nos parecen valederas, como su lenguaje vulgar, desatino, desaseo, manera de ser conflictiva o muy contrastante con la nuestra, etc., pero el resultado siempre glorificará a Dios y nos proporcionará una alegría íntima inexpresable, con lo cual se muestra que este amor es sobrenatural, no una simple manifestación natural de nuestra mente.

A este respecto consideremos cuidadosamente lo que el Señor nos dice en I Juan 2: 9-11: **“El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, el tal aun está en tinieblas todavía. El que ama a su hermano, está en tinieblas y anda en tinieblas y no sabe a donde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos”**. El “aborrecimiento” del cual se habla aquí se refiere a todo lo malo que en pensamiento, palabras u obras hacemos contra un hermano.

De todo lo anterior, lo más importante y valioso es que no hay otro modo de conocer de verdad la inmensidad del amor de Cristo que viviendo nosotros firmemente en su amor. El que no ama, ni hace esfuerzo alguno por vencerse a sí mismo, para amar a todos, no podrá comprender sino en forma extremadamente superficial el amor de Cristo.

“Ganará” al no luchar contra su egoísmo natural, ni esforzarse por amar a todo el mundo, pero perderá la bendición incomparablemente mayor de poder conocer apreciar, apoderarse del inconmensurable amor de Cristo. Aquella “ganancia” se refiere a no preocuparse, ni hacer ningún esfuerzo por superar o vencer malos sentimientos o tendencias naturales, que sean contrarios al amor. Es el camino de la comodidad, del dejarse llevar por la pendiente, cuesta abajo. Agustín dijo: “¡Si alguno quiere conocer a Dios, ámele!”. A esto se refiere ahora el versículo 18.

Versículos 18, 19: “Podáis bien comprender con todos los santos cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura (19) y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

“**Podáis**” es una petición para que tengan fuerzas para comprender. Cuando se estudia un asunto muy difícil es necesario poner en juego toda la energía intelectual o mental y cuando se concluye el estudio, sea que se haya conseguido comprender el asunto o no, se experimenta fatiga mental y también física. Cuando no se tiene entrenamiento de estudio la atención se fatiga rápidamente, además de hacerse más difícil entender aun materias relativamente fáciles. El entrenamiento en el estudio, igual que el

ejercicio muscular para el trabajo físico, desarrolla la capacidad de atención prolongada y la comprensión de asuntos crecientemente difíciles. Lo mismo, y en mayor medida, ocurre en lo espiritual y moral. Se necesitan fuerzas espirituales excepcionales para comprender todo lo que pertenece al Dios infinito y esas fuerzas no se obtienen ni por el ejercicio físico, ni por el ejercicio intelectual, sino por el desarrollo del amor en nuestros corazones, en la forma explicada más arriba. Hay que insistir fuertemente que esto es obra de Dios y en modo alguno el resultado de alguna clase de capacidad inherente en el hombre. Todo lo que hacemos es cooperar o, mejor, someternos a lo que Dios hace en nosotros.

Es notable la expresión **“con todos los santos”**. No se trata aquí de algo puramente individual, sino de lo que interesa a toda la Iglesia, una capacidad o habilidad que se alcanzará o desarrollará en conjunto con los demás creyentes verdaderos. Esta comprensión se alcanza no sólo por las experiencias personales de cada uno de nosotros, sino también por compartirlas con los demás creyentes y no sólo con los de nuestra congregación y denominación particulares, sino con todos los verdaderos creyentes.

Si rechazamos a los que no piensan como nosotros en asuntos secundarios, negándoles su condición de hijos de Dios por ese hecho, no tenemos amor verdadero y eso nos incapacita para comprender el amor de Dios. El hecho de que la capacidad para comprender ese amor se desarrolle colectivamente, edificándonos mutuamente, muestra el error de los que se apartan de la comunión de los santos, de la vida de la Iglesia, pretendiendo que les basta con orar y leer la Biblia en su hogar. En esta forma, separados del estímulo que significa la vida cristiana de los demás, sus fuerzas espirituales serán necesariamente demasiado débiles para abordar la tarea gigantesca de comprender el amor de Cristo. Por eso encontramos esta apremiante e inequívoca exhortación en Hebreos 10: 23 a 25: **“Mantengamos firme la profesión de nuestra fe, sin fluctuar, que fiel es el que prometió, y considerémonos los unos a los otros, para provocarnos al amor y a las buenas obras, no dejando nuestra congregación como algunos tienen por costumbre, mas exhortándonos, y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”**. Pero téngase presente que aunque ésta es una tarea PARA TODOS los santos, también lo es SOLO para los santos (Findlay).

Sin embargo la tarea de comprender plenamente el amor de Cristo es una tarea imposible, desde cierto punto de vista, por lo siguiente:

“Cuál sea la anchura y la longura y la profundidad y la altura”. Esta frase no dice a qué se refieren estas dimensiones. Hay mucha diversidad de opiniones sobre esto: Algunos dicen que se refieren a la Iglesia; otros, al misterio mencionado en el versículo 9 (que judíos y gentiles formarían un solo pueblo de Dios, redimidos todos igualmente por Jesucristo); otros, a la sabiduría de Dios en la salvación de los hombres o al evangelio. Sin embargo, antes y después de la frase se está hablando del amor de Cristo, por lo cual parece mejor entender que estas dimensiones se refieren a ese amor.

También ha existido la tendencia a darle un sentido especial a cada dimensión, como, por ejemplo: que la anchura se refiere a que el amor de Cristo abarca a judíos y gentiles y, en general, a toda clase de seres humanos, sin excepción; que la longura, a su extensión de eternidad a eternidad; que la profundidad, a que alcanza al pecador sumido en el más tenebroso pecado o, aún, en la tumba, ya que resucitará a los muertos; y que la altura, a los lugares celestiales a los que conducirá a los redimidos. Pero parece haber bastante fantasía en esto. Más bien la idea del apóstol es la inmensidad, la extensión inconmensurable del amor de Cristo. Es como si estuviéramos en el centro de la esfera del amor de Cristo y lo viéramos extenderse sin límites en todas direcciones.

De ahí que sea imposible conocer en toda su plenitud ese amor, ni ahora, ni aun en la eternidad. Sin embargo podemos comprenderlo, aunque sea limitadamente, o mejor, podemos ir creciendo en ese conocimiento. En este sentido podemos conocer lo inconcebible, así como podemos “ver” lo invisible: “Porque las cosas invisibles de él, su eterna potencia y divinidad, se echan de ver desde la creación del mundo, siendo entendidas por las cosas que son hechas...” (Romanos 1: 20); “... porque se sostuvo como viendo al Invisible” (Hebreos 11: 27). El amor de Cristo es como un camino que se extiende delante de nosotros, nos esforzamos por llegar a su último extremo, que nos parece al alcance de la mano, pero a medida que nos acercamos, dicho extremo se va alejando indefinidamente o, dicho de otro modo más directo: el amor de Cristo es un objetivo inmenso que observamos y experimentamos y sobre el cual reflexionamos incesante y continuamente. Cada nuevo descubrimiento aumenta nuestro conocimiento y comprensión de él, por una parte, pero, por otra, nos revela nuevas profundidades, nuevos aspectos que todavía no entendemos y que nos invitan a continuar el esfuerzo para comprenderlos y que, por lo mismo, nos revelan nuestra ignorancia, cuán poco conocemos y lo imposible que es conocer ese amor en su totalidad.

Esto es lo que Pablo quería decir en Filipenses 3: 8-14: “Y ciertamente, aun reputo todas las cosas pérdidas por el eminente conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo y téngalo por estiércol, para ganar a Cristo y ser hallado en él, no teniendo mi justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe, a fin de conocerle y la virtud de su resurrección y la participación de sus padecimientos, en conformidad a su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de los muertos. No que ya haya alcanzado, ni que ya sea perfecto, sino que prosigo, por ver alcanzo aquello para lo cual fui también alcanzado de Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no hago cuenta de haberlo ya alcanzado, pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás y extendiéndome a lo que está delante, prosigo al blanco, al premio de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús”. Había vivido casi treinta años en comunión diaria con el amor de Cristo, casi treinta años experimentándolo con toda la fuerza de su corazón o personalidad y procurando comprenderlo con todas las potencias de su mente. Pero después de una vida de continua experiencia, observación y reflexión sobre el amor de Cristo decía que no lo había alcanzado todavía, que proseguía al blanco. ¡El evangelio no es, verdaderamente, para personas que no quieren hacer ningún esfuerzo, que

no quieren pensar, que sólo quieren dejarse llevar por la corriente, cuesta abajo, abúlicos en esto o negligentes y descuidados! El progreso en la vida cristiana requiere el estudio amoroso, esforzado, cuidadoso, continuo, perseverante y permanente de la Palabra de Dios, con ferviente oración y reflexión ardiente, apasionada, a su luz, en la experiencia cristiana personal y comunitaria: “Dame entendimiento y guardaré tu ley y la observaré de todo corazón. Guíame por la senda de tus mandamientos, porque en ella tengo mi voluntad, inclina mi corazón a tus testimonios... He aquí yo he codiciado tus mandamientos, vivifícame en tu justicia... Y andaré en anchura, porque busqué tus mandamientos... Y deleitaréme en tus mandamientos, que he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé y meditaré en tus estatutos... Cánticos me fueron tus estatutos en la mansión de mis peregrinaciones. Acordéme en la noche de tu nombre, oh Jehová y guardé tu ley... Mi porción, oh Jehová, dije, será guardar tus palabras... A media noche me levantaba a alabarte sobre los juicios de tu justicia... Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata... Desfallecieron mis ojos por tu palabra, diciendo: ¿Cuándo me consolarás?... ¡CUÁNTO AMO YO TU LEY! TODO EL DÍA ES ELLA MI MEDITACIÓN... Más que todos mis enseñadores he entendido, porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, porque he guardado tus mandamientos... ¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca. De tus mandamientos he adquirido inteligencia... El principio de tus palabras alumbró, hace entender a los simples... Pequeño soy yo, y desechado, mas no me he olvidado de tus mandamientos... Previnieron mis ojos las vigili­as de la noche, para meditar en tus dichos... siete veces al día te alabo sobre los juicios de tu justicia... “ (Salmo 119); “El libro de aquesta ley nunca se apartará de tu boca, antes de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito, porque entonces harás prosperar tu camino y todo te saldrá bien” (Josué 1: 8).

“Y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento”.

Esta es una reiteración de lo anterior, en otros términos, pero no es una vana repetición, sino una insistencia, motivada por la importancia suprema del asunto.

Estar “en el amor, arraigados y fundados” es el antecedente necesario para conocer el amor de Cristo. Pero, tal vez temiendo haber dicho demasiado, disminuyendo el infinito amor de Cristo, al suponer que se puede conocer en su totalidad, se apresura a añadir que ese amor “excede a todo conocimiento”, es decir, que el amor del Salvador desborda nuestro conocimiento por todas partes. Parece ilógico: ¡Conocer lo incognoscible! Pero aquí se trata de conocer amando, conocer por el corazón. ¿Quién puede conocer el amor, sino el que ama? (Bonnet y Schroeder). “Por lo demás, éste es el verdadero conocimiento de lo divino y, en particular, del amor de Cristo: consiste en reconocer que uno se encuentra en presencia del infinito y que cuanto más se desarrollan nuevas perspectivas, tanto más se descubre lo que ni siquiera se había sospechado” (Oldshausen). Cuando el amor de Cristo se ha apoderado de nuestro corazón con divina potencia, empezamos a conocerlo. Mientras el conocimiento meramente intelectual palpa en las tinieblas, el amor lo

sobrepasa con su mirada más penetrante y va de progreso en progreso, donde todo nuevo paso hacia adelante se apoya en el paso anterior y todo esto por la gracia de Dios. Este camino progresivo se extiende por toda la eternidad, pero mientras más avancemos aquí en esta vida, más alto llegaremos en el cielo, más plena será la “vida eterna”, que no es mera vida sin término, sino vida plenamente realizada, plenamente satisfactoria.

Como la inmensidad del amor de Cristo hace imposible comprenderlo, explicarlo, ni limitarlo racionalmente, Pablo ora para que estemos tan fortalecidos espiritualmente, que podamos “verlo”, experimentarlo crecientemente y compartirlo con los creyentes verdaderos, nuestros hermanos, aunque un conocimiento completo del amor del Salvador siempre estará fuera del alcance de la capacidad humana. Es como aquel “filósofo que después de haber descubierto muchas leyes muy sublimes de la naturaleza, dijo que era como un muchacho que había cogido unas pocas piedras de la orilla del mar, mientras que el inmenso océano estaba delante de él, inexplorado” (Lacy).

En realidad, mientras menos conocemos del amor de Cristo, más creemos saber; mientras más lo conocemos, más conscientes estamos de nuestra inmensa ignorancia. Esto es un antídoto contra el orgullo.

Así pues estamos ante el amor de Cristo: cada día debemos descubrir algo nuevo de él y esos nuevos descubrimientos nos deben impulsar a desear más y a esforzarnos en profundizar nuestra experiencia de él, aunque siempre habrá más por descubrir, y más, y más, por todos los siglos de la eternidad.

Consideremos esto ahora en forma más particular.

En relación con el amor de Cristo, toda nuestra inteligencia y maneras de aprender son insuficientes e inadecuadas. Los actos de heroísmo más sublime del amor humano no resisten ni la menor comparación con el amor expresado en la cruz de Cristo, porque en todo amor humano siempre hay alguna dosis de egoísmo y en todo heroísmo algo de inconsciencia, mientras que el amor de Cristo es absolutamente desinteresado, puesto que nada valemos, ni nada podemos darle, y su heroísmo fue en esencia deliberado, plenamente consciente. No hay elocuencia humana, ni aun palabras, para expresarlo. Toda nuestra teología, con sus definiciones precisas, con su sistematización lógica, con su lenguaje cuidadoso, con sus detallados análisis, es incapaz de tratar adecuadamente el tema del amor de Cristo. Nadie amó jamás como Jesucristo y porque su amor es incomparablemente mayor que el de padre o madre, que siempre tiene algo de egoísta, es que espera que nuestro amor por él sea aún mayor que el que sentimos por ellos.

No podemos describir su amor, pero al contemplar la cruz podemos apreciar a lo menos en parte el amor “que sobrepuja todo entendimiento”.

Consideremos las infinitas manifestaciones del amor de Cristo por la humanidad, capaz de levantar al pecador hundido en la más profunda maldad, de poner paz donde sólo había turbación y esperanza donde reinaba el desaliento más completo.

Hemos visto que la fuente de este amor es el beneplácito divino (1: 9), el puro afecto de su voluntad (1: 5), que se manifestó en las profundidades vertiginosas de la eternidad (“nos escogió en él antes de la fundación del mundo” 1: 4). Podemos seguir el desarrollo de este amor

desde la fundación del mundo, al elegir un pueblo propio, al darle promesas y el enviar heraldos para preparar el camino a Cristo, quien luego se encarnó, se humilló hasta hacerse como nada (“se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres”. Filipenses 2: 7), para deshacer como a nube nuestras rebeliones (Isaías 44: 22), para deshacer el pecado... por el sacrificio de sí mismo (Hebreos 9: 26). ¿Cuánto le costó esto? Es imposible apreciarlo debidamente, en todo su alcance y profundidad, como dice aquí Pablo (versículos 18 y 19a). Pero conocemos algo de aquello a que Cristo se sometió por amor a nosotros. Verdad es que lo miramos como a través de un vidrio de mala calidad (nuestra mente), que deforma la imagen, pero con todo eso la imagen que percibimos corresponde a la realidad que está detrás de él. Dejó el cielo de pureza absoluta y vino a vivir entre pecadores, cuya maldad hería continuamente su espíritu: “Y respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación infiel y torcida! ¿Hasta cuándo tengo que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir?” (Mateo 17: 17). Dejó toda su gloria para tomar la naturaleza de sus criaturas: “Porque ya sabéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (II Corintios 8: 9); “Sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres y hallado en la condición como hombre...” (Filipenses 2: 7-8). Agonizó en Gethsemaní: “Y estando en agonía, oraba más intensamente y fue su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta tierra” (Lucas 22: 44). Dejó que lo vejaran: “Entonces le escupieron en el rostro y le dieron de bofetadas y otros le herían con mojicones...” (Mateo 26: 67), que le azotaran: “y habiendo azotado a Jesús... (Mateo 27: 26). Esta era una flagelación brutal, que a menudo causaba la muerte antes de la crucifixión misma (Salmo 129: 3). Es un horrible pensamiento que el que era justo y bueno, que no hizo sino bendecir, haya sido sometido a este bárbaro castigo. Dejó que se burlaran de él en la forma más cruel, insultante y despiadada: “Entonces los soldados del presidente llevaron a Jesús al pretorio y juntaron a él toda la cuadrilla y desnudándole, le echaron encima un manto de grana y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas y una caña en su mano derecha e hincando la rodilla delante de él, le burlaban, diciendo: ¡Salve, rey de los judíos! Y escupiéndolo en él, tomaron la caña y le herían en la cabeza” (Mateo 27: 27-30). Se dejó crucificar (Mateo 27: 35; Salmo 22: 16; Zacarías 13: 6), soportando el dolor físico más agudo que jamás haya sufrido un ser humano, porque su impecabilidad no le insensibilizaba al dolor, como a nosotros; experimentó un sufrimiento moral sin comparación posible, por ser él, el inmaculado, hecho pecado por nosotros y ser cargado él, el inocente, con la culpa, la vergüenza y el castigo de pecados ajenos; pero más todavía y especialmente, sufrió una agonía espiritual, porque fue separado por el pecado que cargó voluntariamente sobre sí de la comunión íntima y permanente con su Padre (Mateo 27: 45-46; Salmo 22: 1) y esto fue tan intenso que fue lo que realmente le causó la muerte, haciendo estallar, por decirlo así, su corazón: “... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?... Mas Jesús habiendo otra vez exclamado con grande voz, dio el espíritu” (Mateo 27: 46 y 50); “La afrenta ha quebrantado mi corazón...” (Salmo 69: 20); “... mi corazón fue como cera, desliéndose en

medio de mis entrañas” (Salmo 22: 14). Aceptó morir, él que es el Autor de la vida: “Y matasteis al Autor de la vida...” (Hechos 3: 15) y ser puesto en un sepulcro (Juan 19: 42).

Nos faltan las palabras, la profundidad de sentimientos y la capacidad mental para comprender, describir y comunicar el misterio insondable y la intensidad e inmensidad del dolor que todo lo anterior significó para nuestro bendito Salvador: “ ¿No os conmueve a cuantos pasáis por el camino? Mirad y ved si hay dolor como mi dolor que me ha venido, porque Jehová me ha angustiado en el día de la ira de su furor. Desde lo alto envió fuego en mis huesos...” (Lamentaciones 1: 12-13). ¡Y todo esto lo soportó únicamente por amor a nosotros, sus criaturas rebeldes y despreciables; por nuestro pecado, que es parte de nuestra misma naturaleza (Génesis 6: 5; Salmo 51: 5); por nosotros, que no tenemos valor propio alguno: “Como nada son todas las gentes delante de él y en su comparación serán estimadas en menos que nada y que lo que no es” (Isaías 40: 17))!

Tal vez así podamos tener un atisbo de lo que Pablo quiere expresar cuando dice que el amor de Cristo excede a todo conocimiento. ¡Cómo y cuánto debemos amarle! Es una inmensa monstruosidad que los que sabemos siquiera un poco de ese amor inconmensurable no le amemos con la pasión más ardiente, consumidora y verdadera, que nos mueva a actuar en conformidad con la intensidad de ese amor y que nos dé fuerzas para apartar de nosotros todo lo que nos separe de nuestro amado Jesucristo: nuestro carácter, orgullo, malos hábitos, posesiones, ambiciones, propósitos incorrectos, vicios, pecados en general, y que no nos esforcemos, sostenidos y confiando sólo en la gracia de Dios, mediante la oración de fe, para amarle más y así avanzar paso a paso en el conocimiento del incognoscible amor de Cristo.

Pero aún hay más: Por su amor, Jesús presenta la sangre de su cruz como la señal del pacto de paz con sus escogidos y por ella estamos seguros ahora y lo estaremos por toda la eternidad, a pesar de nuestras flaquezas, fallas, caídas e infidelidades. Por su amor está entronizado en el cielo, esperando como un novio gozoso el día cuando los que rescató de la iniquidad con su sangre nos reunamos con él para siempre, como una novia pura y sin mancha: “Del trabajo de su alma verá y será saciado...” (Isaías 53: 11a); “... Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola en el lavacro del agua por la palabra, para presentársela gloriosa para sí, una iglesia que no tuviese mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha” (Efesios 5: 25b-27), ¡nosotros, tan pecadores, tan impuros en nosotros mismos!

Si consideramos que este misterio de amor en sus sufrimientos y glorias y en sus planes de tan largo aliento para todas sus criaturas es y será motivo de ardiente estudio y consideración reverente hasta para los principados y potestades celestiales (“Para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús” Efesios 2: 7; “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la iglesia a los principados y potestades en los cielos” Efesios 3: 10) ¿cómo no nos consideraremos indignos de conocer el amor de Cristo y completamente incapaces de expresarlo adecuadamente? No nos cabe sino una actitud como la de Pedro enfrentado a la gloria del

Señor: “Lo cual viendo Simón Pedro, se derribó de rodillas a Jesús, diciendo: Apártate de mi Señor, porque soy hombre pecador” Lucas 5: 8, es decir una reverente humildad y una gratitud activa, porque nos permite proclamar ese amor al mundo.

Todavía hay que agregar al amor de Cristo la obra diaria y permanente en sus escogidos, por medio de su único vicario en la tierra, el Espíritu Santo, quien vive en nosotros, nos enseña, nos corrige, nos alienta, nos protege, nos da salud, inteligencia y fuerzas, provee para todas nuestras necesidades físicas y espirituales, sin fallar, ni cansarse jamás.

Esta revelación del amor de Cristo debiera calar hondo en nuestro espíritu, confundiendo nuestra orgullosa razón y la complacencia con nosotros mismos. Es nuestra responsabilidad suprema mostrar al mundo esta luz celestial, que destaca nítidamente lo insuficiente de nuestro amor, o mejor, nuestro desamor, porque en comparación con nuestro amor, el excelso amor de Cristo lo que la luz del sol es a la de una vela.

“Para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”. Aquí alcanza su clímax la oración. La “plenitud de Dios” se refiere a todas las perfecciones, virtudes o excelencias de Dios que pueden, en alguna medida ser comunicadas al ser humano. No se refiere, evidentemente, a aquellos aspectos de la esencia de Dios que siempre y absolutamente estarán fuera del alcance del hombre, tales como su independencia, su inmutabilidad, omnipresencia, omnipotencia y omnisciencia. En otras palabras, la oración de Pablo no implica que llegaremos a ser “dioses” o que somos “dioses” en potencia, en contraposición a lo que sostiene el mormonismo y la Nueva Era, porque nunca participaremos de la naturaleza divina.

Pero aun en esta forma limitada de la “plenitud de Dios”, el apóstol se da cuenta de lo inalcanzable que es, por lo cual usa la preposición “hacia” o “hasta”: “para seáis lleno “hasta” toda la plenitud de Dios”, según dice literalmente el original griego, lo que indica que se trata de un proceso, un desarrollo progresivo que se completará en la eternidad. Este proceso consiste en ir siendo llenos en forma creciente de las virtudes comunicables de Dios, como se manifestaron en Jesucristo, el hombre perfecto. Entre esas virtudes se cuentan: el amor, la santidad, el conocimiento, la felicidad, la sabiduría, la veracidad, la bondad, la compasión, la misericordia, la gracia, la paciencia, la justicia, etc. En gran medida estas virtudes se relacionan con el fruto del Espíritu Santo: “Mas el fruto del Espíritu es: caridad (amor), gozo, paz, tolerancia (paciencia), benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (dominio propio),... (Gálatas 5: 22, 23).

Como Cristo vive en el creyente por la fe, estas virtudes (“la plenitud de Dios”) deben estar en nosotros y manifestarse cada vez más poderosamente, a medida que transcurre nuestra vida terrenal. Es una anomalía que no ocurra así. Debemos hacer un balance continuo de nuestra vida, para asegurarnos de que vamos creciendo efectivamente en estas virtudes y cuando nos damos cuenta de que ese crecimiento es insatisfactorio debemos arrojarnos a los pies del Señor, con corazón quebrantado y angustiado y rogar con fe que esas virtudes divinas estén REALMENTE en nosotros y al levantarnos de la oración de fe, debemos estar dispuestos a luchar contra nuestra carne que se opone a ello,

plenamente confiados en que Dios, por su Espíritu nos dará la fuerza para vencer.

Lo que Pablo pide, entonces, al llegar al clímax de su oración, es que las virtudes o excelencias de Dios se nos vayan comunicando, nos vayan llenando, hasta alcanzar en nosotros la plenitud que tienen en Cristo, en cuanto hombre. Este es un ideal inalcanzable en la tierra, pero **DEBEMOS IR ACERCÁNDONOS** a tan elevado ideal, gradual, pero **CONSTANTEMENTE**. Lo mismo enseña el mismo apóstol en II Corintios 3: 18 (“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma semejanza, como por el Espíritu del Señor”). Sin embargo, este proceso se completará un día: “Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo” Efesios 4: 13; “Muy amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser, pero sabemos que cuando él apareciere, seremos semejantes a él, porque le veremos como él es” I Juan 3: 2; “Porque tengo por cierto que lo que en este tiempo se padece, no es de comparar con la gloria venidera que en nosotros ha de ser manifestada”; “Porque a los que antes conoció, también predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de su Hijo...” Romanos 8: 18, 29.

Mientras aguardamos algo tan glorioso no podemos permanecer pasivos e indiferentes, ni escudarnos en la imposibilidad de alcanzar aquí ese ideal, para resignarnos a vivir una vida en que esas virtudes sean escasas o casi inexistentes, porque también dice el Señor: “El que dice que está en él **DEBE ANDAR COMO ÉL ANDUVO**” I Juan 2: 6. Para que estas virtudes vayan abundando cada vez más y realmente en nosotros se requiere una lucha intensa, decidida y llena de fe contra el diablo, el mundo y **NUESTRA** propia carne. Viene al caso, otra vez,: “Antes hiero mi cuerpo y **LO PONGO EN SERVIDUMBRE**, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado” I Corintios 9: 27. Una vida descuidada, complaciente con lo que somos y tenemos, sin esfuerzo alguno, dejándonos conducir placenteramente por la vida natural y las circunstancias que la rodean y le dan forma, no nos llevará jamás a ser “llenos de toda la plenitud de Dios”. Para alcanzar esa plenitud tenemos a nuestra disposición el mismo poder invencible que resucitó a Cristo (Efesios 1: 19-20), por lo cual no tenemos excusa si no vamos siendo llenos crecientemente de esas virtudes.

Cuando al fin alcancemos esa estatura de Cristo, toda la plenitud de Dios en nosotros, se habrá alcanzado el ideal que Dios tenía al crearnos. No seremos “dioses”, pero todas las virtudes comunicables o compatibles de Dios estarán en nosotros y seremos “perfectos”, es decir, llenos de Dios. Dios morará tan plenamente en nosotros que gobernará completamente nuestros pensamientos, sentimientos, voluntad y actos. Mientras tanto, repito, esa debe ser una realidad **CRECIENTE DE DÍA EN DÍA** en nosotros.

Más allá de este ser “llenos de toda la plenitud de Dios” nada podemos pedir ni desear, porque esa es la máxima felicidad posible, la realización completa de nuestro ser.

Tal es el clímax de esta extraordinaria oración, que debería producir poderosas resonancias en nuestros corazones. ¡Qué no seamos oidores olvidadizos, ni de aquellos que saben, pero no practican!

Al escribir esto me siento abrumado por tal grandeza del propósito de Dios para mí y para todos los hijos. ¡Qué lejos estoy de él! ¿Qué tanta grandeza no nos abrume de tal manera que nos haga dejarnos caer sin fuerzas, derrotados, sino nos haga levantarnos con fe y oración y clamor al Señor, para vencer!

7. Doxología. 3: 20-21.

Versículo 20. “Y Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, por la potencia que obra en nosotros”.

Podría pensarse que la oración que termina en el versículo 19 ha llegado a la mayor altura a la que la fe, la esperanza y hasta la imaginación puede llegar. Sin embargo ocurre aquí algo semejante a la Novena Sinfonía, de Beethoven: cuando los instrumentos han dado todo lo que es posible y parece haberse agotado toda otra posibilidad, aparece la voz humana del coro, que lleva la sinfonía a alturas todavía más sublimes.

Como dije, pedir que los creyentes alcancemos una perfección semejante a la perfección divina que se manifestó en Jesucristo hombre colma todas las expectativa del alma humana. No podemos ir más allá de eso en nuestro pensamiento. Sin embargo, con todo, la oración no ha ido demasiado lejos, no ha demandado demasiado, más bien se ha quedado corta, porque todavía queda una inmensidad de bienes espirituales que Dios puede y quiere darnos. Dios siempre puede hacer infinitamente más de lo que pedimos o pensamos: nuestras aspiraciones espirituales no son de ninguna manera la medida del poder de Dios.

La incredulidad podría murmurarnos al oído: “Esa oración ha pedido demasiado. No se puede esperar que unos gentiles, que apenas se han elevado sobre la torpeza de su paganismo, puedan entender y apropiarse de esos pensamientos tan elevados sobre Dios, Cristo y la Iglesia y puedan llegar a ser llenos de la plenitud de Dios”. Esa misma incredulidad puede decirnos a nosotros: “Ustedes son demasiados débiles, demasiado carnales, sus aspiraciones son demasiado bajas, sus decisiones demasiado superficiales, como para que lo pedido sea una realidad efectiva en sus vidas. No pretendan lo imposible”. Efectivamente es imposible para el hombre, somos un material deleznable, como el adobe: puro barro: “Porque mirad, hermanos, vuestra vocación, que no sois muchos sabios según la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles” (I Corintios 1: 26); Tenemos empero este tesoro en vasos de barro, para que la alteza del poder sea de Dios y no de nosotros” (II Corintios 4: 7). Muchos de los convertidos a los cuales Pablo dirige esta carta, y muchos entre nosotros, habían estado manchados por vicios infames y destructivos. ¿Quién puede obtener joyas espirituales de tales desechos y toscos guijarros? ¡DIOS! “Mas sus discípulos, oyendo estas cosas, se espantaron en gran manera,

diciendo: ¿Quién pues podrá ser salvo? Y mirándolos Jesús, les dijo: Para con los hombres imposible es esto, mas para con Dios TODO ES POSIBLE”(Mateo 19: 25-26); “Porque ninguna cosa es imposible para Dios” (Lucas 1: 37). El poder que obró en esos degradados paganos y que obra también en nosotros, tan despreciables, espiritualmente hablando, “es el amor de Cristo, el poder del Espíritu Santo, la potencia de la fortaleza que resucita a los muertos y les da vida eterna” (G. G. Findlay). Esta “vida eterna” no es mera vida interminable, pues esa la tendremos con o sin Cristo, sino vida abundante, feliz, plenamente realizada o satisfactoria.

Pablo se refiere a Dios como al que es “poderoso para hacer todas las cosas”, es decir como el Omnipotente, Aquel cuyo poder es ilimitado y también como el que obra “más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”, es decir que nos dará dones que superan lejos nuestras peticiones más atrevidas y elevadas, de modo que esta es una expresión de confianza, de seguridad, de triunfo. ¿Pudieron acaso los escritores del Antiguo Testamento prever siquiera una fracción de la grandeza de Cristo y del maravilloso don que significa para el mundo? ¿O los apóstoles anticipar todo el poder de Dios manifestado el día de Pentecostés o los poderosos milagros de gracia obrados mediante ellos, por la predicación del evangelio?

La seguridad expresada antes se refuerza por el hecho que Dios ya está obrando en la vida de los creyentes. En cada creyente ya se ha producido un cambio y sigue produciéndose constantemente, más allá de lo que nos damos cuenta. Por eso el cambio de uno verdaderamente salvado, nacido de nuevo por la fe en Cristo, no es mera fuerza de voluntad o autosugestión, puesto que supera lo que el creyente imagina, pide o de lo que está consciente. Este es el sentido de “por la potencia que obra en nosotros”. No es algo futuro, sino ya en acción y por esa potencia Pablo espera que todo lo dicho se convierta en realidad o, mejor dicho, por eso tiene la plena seguridad de que esta obra de perfeccionamiento continuará hasta su consumación, hasta que alcancemos la perfección divina. Fue para eso que Cristo nos salvó y el Padre nos eligió.

Esta potencia es la del Espíritu Santo en el hombre interior (Efesios 3: 16), la fuente de la sabiduría (Efesios 1: 17-18) y de la santidad personal, el mismo poder que resucitó el cuerpo muerto de Jesucristo, así como resucitará a todos los santos, para que compartan su inmortalidad (“Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó a Cristo Jesús de los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” Romanos 8: 11).

Pablo tenía conciencia de que en él obraba una energía sobrenatural, que no le era propia y que estaba presente mientras escribía la epístola por inspiración del Espíritu Santo, pero también cuando oraba y trabajaba para el Señor (“En lo cual aun trabajo, combatiendo según la operación de él, la cual obra en mí poderosamente” Colosenses 1: 29). Así debe ocurrir con todos nosotros, si somos verdaderamente hijos de Dios: “Y asimismo también el Espíritu ayuda nuestra flaqueza, porque qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, sino que el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es el intento del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios demanda por los santos”. ¿Lo hemos experimentado? ¿Nos hemos dado

cuenta a veces que un poder superior nos arrastra en una corriente de oración agradecida y confiada, como a Ana, la madre de Samuel (I Samuel 1: 10-13, 17-18)?

Así podemos decir de la oración de los versículos 14 al 19. No es propiamente de Pablo, un débil mortal que nunca se habría atrevido a pedir ni a pensar lo que esa oración expresa y eso nos asegura que el que la inspiró también la hará convertirse en realidad, que el Padre no dejará de hacer aquello por lo cual clama el Espíritu Santo en nosotros con gemidos indecibles. La Potencia que nos impulsa a orar y la que concede nuestras peticiones es la misma, pero mientras en el primer caso, cuando nos impulsa a orar, se ve limitada por nuestras fallas, en el segundo, cuando concede lo pedido, no tiene limitación alguna. ¡Qué maravilloso Dios es nuestro Dios, quien pasa por encima de nuestras extremas limitaciones y hasta de nuestra falta de voluntad para buscarle, servirle y honrarle como lo merece!

El poder del Señor está a nuestra disposición, está en nosotros, por el Espíritu Santo, que tenemos desde que creímos, pero tenemos que conectarnos con él, como en una instalación eléctrica perfecta, pero que no ilumina nada hasta que se conecta con la fuente de energía. La conexión con el poder del Espíritu Santo es la fe, por medio de la Palabra de Dios. Continuaremos sufriendo de raquitismo espiritual si no nos conectamos por la fe con ese poder del Espíritu Santo, quien quiere y puede elevarnos a alturas espirituales inimaginables de comprensión espiritual, de discernimiento, de gozo, paz, poder, santidad.

Versículo 21. “A él sea gloria en la iglesia por Cristo Jesús, por todas edades del siglo de los siglos”. Amén.

“**A él**”: que ha hecho, que hace y que hará por nosotros más que lo que nos atrevemos a pedir y más que lo que podemos imaginar” (Erdman).

A él quiere Pablo que se dé toda gloria, es decir, que se le atribuya y se exprese toda la grandeza y la excelencia que son inherentemente suyas. Lo que Pablo desea, entonces, es que “las virtudes, la gracia, el poder, la bondad de Dios” sean reconocidas en la Iglesia, tanto mediante la alabanza verbal como por su manifestación en ella o, dicho de otro modo: Que en los servicios de alabanza de la Iglesia, en las vidas puras de sus miembros, en su proclamación universal del evangelio, en su servicio espiritual al hombre, en su destino celestial, santidad y amor de Dios se manifieste la grandeza y excelencia de Dios.

La expresión “**por Cristo Jesús**” puede ser “en Cristo Jesús”. Ambas expresan una verdad. Si la expresión “por Cristo Jesús” es la traducción correcta, la idea es que nada es ni puede hacer la Iglesia sin su cabeza (así como el cuerpo sin cabeza está muerto). De modo que si la Iglesia puede glorificar a Dios en forma efectiva es por causa de la vida y redención que ha recibido del Hijo y si el Padre puede recibir y agradarse en esa glorificación en palabras y acción de la iglesia es sólo porque Cristo está a su diestra intercediendo por ella y cubriendo lo imperfecto de su alabanza y vida con su preciosa sangre.

Si la expresión correcta es “en Cristo Jesús”, lo que expresa es que la Iglesia está en él, que él es su vida y el que asegura su triunfo final. La diferencia de significado entre ambas expresiones es escasa.

El apóstol Juan registra varias de estas alabanzas de la Iglesia en el Apocalipsis: “Señor, digno eres de recibir gloria y honra y virtud, porque tú criaste todas las cosas y por tu voluntad tienen ser y fueron criadas” (4: 11); “Y miré y oí voz de muchos ángeles alrededor del trono y de los animales (seres vivientes) y de los ancianos y la multitud de ellos era millones de millones, que decían en alta voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder y riquezas y sabiduría y fortaleza y honra y gloria y alabanza. Y oí a toda criatura que está en el cielo y sobre la tierra y debajo de la tierra y que está en la mar y todas las cosas que en ellos están, diciendo: Al que está sentado en el trono y al Cordero, sea la bendición y la honra y la gloria y el poder para siempre jamás. Y los cuatro animales decían: Amén. Y los veinticuatro ancianos (representantes de la Iglesia universal del Antiguo y Nuevo Testamento) cayeron sobre sus rostros y adoraron al que vive para siempre jamás” (5: 11-14); “Y cuando hubo tomado el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron delante del Cordero, teniendo cada uno arpas y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, y cantaban un nuevo cántico, diciendo: Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos, porque tú fuiste inmolado y nos has redimido para Dios con tu sangre, de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (5: 8-10); “Después de estas cosas miré y he aquí una gran compañía, la cual ninguno podía contar, de todas gentes y linajes y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas y palmas en sus manos y clamaban en alta voz, diciendo: Salvación a nuestro Dios que está sentado sobre el trono y al Cordero” (7: 9-10). A esta alabanza se unen todos los ángeles, igual que en el caso anterior: “Y todos los ángeles estaban alrededor del trono y de los ancianos y los cuatro animales y postrarónse sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios diciendo: Amén, la bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y la potencia y la fortaleza sean a nuestro Dios para siempre jamás. Amén” (7: 11-12); “Y cantan el cántico de Moisés, siervo de Dios y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso, justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y engrandecerá tu nombre? Porque tú solo eres santo, por lo cual todas las naciones vendrán y adorarán delante de ti, porque tus juicios son manifestados” (15: 3-4); “Después de estas cosas oí una gran voz de gran compañía en el cielo, que decía: Aleluya. Salvación y honra y gloria y potencia al Señor Dios nuestro, porque sus juicios son verdaderos y justos, porque él ha juzgado a la gran ramera, que ha corrompido la tierra con su fornicación y ha vengado la sangre de sus siervos de la mano de ella. _Y otra vez dijeron: Aleluya. Y su humo subió para siempre jamás. Y los veinticuatro ancianos y los cuatro animales se postraron en tierra y adoraron a Dios que estaba sentado sobre el trono, diciendo: Amén; Aleluya. Y salió una voz del trono, que decía: Load a nuestro Dios todos sus siervos y los que le tenéis, así pequeños como grandes. Y oí como la voz de una grande compañía y como el ruido de muchas aguas y como la voz de grandes truenos, que decía: Aleluya,

porque reinó el Señor nuestro Dios Todopoderoso. Gocémos y alegrémos y démosle gloria, porque son venidas las bodas del Cordero y su esposa se ha aparejado” (19: 1-7).

Notemos que Cristo y su Iglesia aparecen perfectamente unidos en esta alabanza, como dice Hebreos 2: 12: “...anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré”, donde el que habla es Cristo, quien “en medio de la congregación” alaba eternamente al Padre. Por otra parte la Iglesia comparte toda gloria dada al Padre: “Y yo, la gloria que me diste les he dado, para que sean una cosa, como también nosotros somos una cosa” (Juan 17: 22). ¡Esta es una grandeza inimaginable para aquellos que en sí mismos no son más que indignos pecadores, pero que reciben esta gloria por la gracia del Señor y el amor de Jesucristo por ellos y a causa de la regeneración obrada por el Espíritu Santo!

“Por todas edades del siglo de los siglos”. Se puede traducir también: “Por todas las generaciones de la edad de las edades”. Es un modo de darle un énfasis enorme al hecho de que generación tras generación, en sucesión sin fin, y época tras época, hasta que el tiempo cese absorbido por la eternidad, en esa era que contiene a todas las demás, continuará la alabanza de la gloria de Dios, dada por, y vista en, Cristo y su Iglesia, a la cual pertenecemos. ¡Es una visión de grandeza infinita para nosotros, que somos vasos de barro!

Esta interminable alabanza en nuestros labios se deberá en gran medida a que cada vez comprenderemos más y apreciaremos más profunda y extensamente la maravilla de la gracia de Dios que a nosotros, pecadores perdidos, merecedores sólo de la condenación eterna en el infierno (o, mejor, en el lago de fuego), nos redimió, nos transformó y nos llevó a los lugares celestiales, con Cristo, a su luz inaccesible. Si ahora no nos sentimos impulsados a vivir alabando con fuerza y entusiasmo a nuestro Señor es porque conocemos y apreciamos demasiado poco la maravillosa obra de gracia de Dios de la que hemos sido objeto.

“Amén”. Se usa al fin de esta doxología, como en Romanos 11: 33-36: ¡“Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán incomparable son sus juicios e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿o quién fue su consejero? ¿o quién le dio a él primero, para que le sea pagado? Porque de él y en él son todas las cosas. A él sea gloria por siglos. Amen” y en muchas otras, para afirmar con plena certeza lo dicho.